

GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura



Dr. Juan Lazarte: La comuna libre y organizada como ideal y realidad del convivir humano.
— **Hem Day:** «¿Rabelais anarquista?».— **Eugen Relgis:** La estética de la vida.— **Mariano Viñuales:** Don Justo Sierra.
— **John Hewetson:** Apoyo mutuo y evolución social.— **Dr. Pedro Vallina:** Los comedores de carne humana.— **Alejandro Berckman:** Kronstadt.— **Ugo Fedeli:** Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana.— **Adolfo Hernández:** Poseído de eternidad.— **José Moreno Villa:** Bloqueo. — **Fritz Brupbacher:** Marx y Bakunin (folletón encuadernable).



FEBRERO
1954

38

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.

Ayuntamiento de Madrid - Bernardino de Pantorba -

- 1988 -

NUESTRA PORTADA

ANTONIO MACHADO

Poeta español, que ha contribuido a la renovación de la poesía castellana, con una acendrada labor inspirada en la poda de superfluidades que tiene su mejor antecedente en el Romancero, Arcipreste de Hita y, en general, en los clásicos españoles. Su primer libro se titula «Soledades», y su obra más lograda y de mayor empeño «Las tierras de Alvargonzález». Ha publicado también algunas obras teatrales de noble timbre literario en colaboración con su hermano Manuel, también gran poeta. Nació en Sevilla en 1875 y murió en Collioure (Francia), exilado.

Machado figura entre los intelectuales españoles que no desertaron de su apostolado popular, siendo fieles al pueblo y a la causa de sus libertades en las horas más negras de su infortunio. Como un desterrado más cruzó la frontera francesa al producirse la invasión fascista de Cataluña para sufrir con ese su pueblo inclemencias y humillaciones en los campos de concentración. Antonio Machado sucumbió como uno más, víctima de una civilización fría y desalmada, y como él mismo habíase pronosticado:

«Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos del mar.»

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José
Peirats, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny.
4, rue Belfort, TOULOUSE
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Fran-
cia, 204 francos trimestre; Ex-
terior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 % de descuent-
o a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.
C.C.P. 1197-21, 4, rue Belort,
TOULOUSE (Haute-Garonne).

LA COMUNA LIBRE Y ORGANIZADA

como ideal y realidad del convivir humano



CUANDO las principales ciudades del mundo conocido entonces, estaban bajo el yugo imperial romano, cuya explotación se asentaba en la fuerza, la civilización antigua entró en decadencia; se rompió el esqueleto artificial del poder y Europa retornó a la barbarie.

Lo esencial de este retroceso fué la disolución del imperio y el surgimiento del derecho de los bárbaros que abolieron la esclavitud como organización del trabajo. Tuvo de bueno la «barbarie»: 1º, que no valía la pena conservar un imperio putrefacto; 2º, que se liquidaba la esclavitud oficial, aunque la Iglesia lo apoyara y las clases nobles y reyes se dijeran herederos de los emperadores. Lo esencial es la rotura de la esclavitud como sistema universalmente aceptado. El mundo de los siglos primeros de nuestra era, empezó a formarse de nuevo. Se organizaban los grupos humanos en pequeñas aldeas, villas, ciudades y restos ruinosos de las antiguas (Roma de más de un millón de habitantes en la antigüedad llegó a tener 20.000 en la Edad Media). Comienzan después del siglo VII a surgir las villas y comunas por todas partes; en pocas decenas de años sobre los territorios que ocupan hoy Francia, Bélgica, Países Bajos, Alemania se ven brotar aldeas y comunas, se desarrolla una vida de unión, cooperación y apoyo mutuo. Van aumentando en población y riquezas. Se levantan ciudades de 10 a 20 mil habitantes, la producción se decupla y el comercio entre las ciudades libres adquiere una importancia nunca vista.

Las comunas y aldeas se han formado sin intervención de la Iglesia (que es el poder monetario más grande de la Edad Media). La producción y el trabajo propio les ha dado una personalidad nueva que nada tiene que ver con el Derecho Romano ni con la sujeción imperial.

Las comunas son autónomas e independientes, se gobiernan a sí mismas por asambleas públicas que se reúnen unas cuantas veces al año. Hacen

sus arreglos con los nobles propietarios de tierras. Pagan sus exigencias unas veces, otras se arman y luchan contra los señores feudales que amenazan con sus mesnadas.

Los trabajadores del campo se refugian en la ciudad donde hay libertad, por lo menos un principio de libertad. En numerosas ciudades de la Edad Media, el hecho de entrar en el recinto ya los salvaguardaba. Se encuentra en algunas viejas «cartas» la constancia de que cualquier persona por el solo hecho de permanecer un año y un día en ella, es considerada como ciudadano y goza de sus privilegios.

Las ciudades de Francia o España pagan tributos pero son autónomas. Dictan sus fueros. Se organizan para el trabajo en corporaciones que son de producción y defensa. En muchas, ya por el año 1200 existe un trabajo organizado y clasificado de artesanos, aprendices y compañeros. Se trabaja 8 horas, que recientemente el movimiento obrero radical moderno impuso después de los «Mártires de Chicago»; y en algunas ya se practicaba el trabajo solamente el sábado por la mañana que después fué resucitado por la civilización capitalista en el siglo XX.

El florecimiento de las ciudades medievales con sus fueros, sus derechos inviolables, su administración propia y autónoma dan a esta edad un hecho de superioridad sobre la civilización capitalista.

La comuna había resuelto la mayor parte de sus problemas administrativos internos en su producción, comercio, relaciones con el campo adyacente.

En el orden externo, las ciudades se alian, unen y federan. Las grandes federaciones, o Liga del Hansa, que extendía su cadena desde Alemania hasta la Rusia semisalvaje. Las federaciones de comunas italianas y españolas son un magnífico ejemplo de unidad y armonía bajo un régimen federativo...

De esa edad es de donde quedan todavía como recuerdos las grandes reivindicaciones de las «cartas» y fueros, entre las cuales podemos citar algunas de los municipios de la Edad Media espa-

ñola, antes que los destruyera Carlos V en Villalar.

El fuero de Sepúlveda dice: «De voluntad digo por esto que non han ninguna cosa a dar al rey, ni a sennor ni a otro por fuero ni por derecho; cayendo el libre lo fago de toda premia e de yudgo de Rey e sennor e de toda pecha e de facendera e de función».

Conservar el derecho de la tierra para la comunidad: «a primas do e otorgo a los que moran y a los que son porvenir, la ciudad con todo su término, con montes e con fuentes, extremos, pastos, rios, salinas, venas de plata e de ferro e de cualquier metallo» (1).

El juez, alcalde, el mayordomo y el escribano se eligen cada año, según el fuero de Córdoba, y no pueden ser reelectos salvo por unanimidad.

Las ciudades y comunas medievales tuvieron sus derechos del hombre, antes que los proclamara la Revolución francesa; fueron muy humanos, pues no dependían del Estado sino de la comunidad. El fuero de Cuenca establece la igualdad ante la ley: «e se algunos condes potestades o caballeros o infazones siquier de mio regno... siquier de otro a Cuenca vinieran a poblar, tales calonas aian cuales los otros pobladores tambien de vida como de muerte».

Gozaron de la inviolabilidad del domicilio, que no tenemos ahora los habitantes de las urbes tentaculares y del «Estado Soberano».

El fuero de Lugo dice: «quí casa aliena forzare echenlin las sus en tierra, sino tuviera casa el forzador peche el duplo... et sia ata tres sus dias e nan pechara el pecho non coma ni beba, ata que muera».

En asamblea general de los ciudadanos se elegían los jueces que juzgarían a los demás del común y era un vecino del mismo común y trataban amplia y libremente toda cosa pública, no solo interviniendo directamente en el nombramiento de los magistrados municipales sino en todos los asuntos que se discutiesen.

Los funcionarios del común que no cumplían con su deber o eran culpables de delitos dependientes de sus funciones tenían doble pena con lo cual las comunidades trataron de aumentar la responsabilidad de los funcionarios, en contraste con la actualidad en que la burocracia goza de privilegios amplia y libremente toda cosa pública, no sólo in dade de clase.

En las comunas, holandesas o anglosajonas, encontramos ejemplos variados, numerosos y admirables de cuanto ayudó en el desenvolvimiento de la vida del común en esta edad luminosa a la cual la han obscurecido gratuitamente.

El poder de los Estados nacientes (monarquías e imperios) liquida las libertades de muchas de ellas, haciendo lo demás el capitalismo, que tomaba personalidad histórica y la burguesía que iba a imponer a su vez la forma de trabajo, comercio e industrias.

Mas siempre quedó a través de unos cuantos siglos el sentimiento de libertad y apoyo mutuo, que fué transmitiéndose de generación a generación hasta nuestros días.

El mundo del medievo se agrandó con el descubrimiento de América por Europa, o del de los europeos por el hombre americano, que tanto da...

De Anglosajonia salieron los primeros colonos

para las Américas del norte; hijos de las luchas religiosas, civiles y políticas de la Inglaterra de la Carta Magna y de la revolución de los «Costillas de Hierro». Buscaban tierra y libertad para sus creos y costumbres.

Aunque es cierto que varias compañías poderosas se dedicaran a colonizar, también es verdad que las primeras aldeas de New Haven, Filadelfia, Boston, Charles Town, New Port, etc., tuvieron administración autónoma, rigiéndose por asambleas populares, aldeas autónomas herederas de las cartas ciudadanas libres medievales inglesas. Instituciones de gobierno propio, que cuando estas compañías o colonias pasaron a ser de la Corona no abandonaron y siguieron muchas de ellas rigiéndose por poderes locales elegidos por los colonos, aunque fueran propietarios que manejaban sus asuntos como podían.

Y la revolución americana fué hecha y terminada antes del choque de las armas, y mucho antes de la independencia, por las asambleas populares. A mediados del siglo XVIII ya tenían gobierno propio, corriéndose posteriormente la voz de la independencia de unas a otras.

Manejando sus fondos propios, siendo sus propios amos, comenzaron el proceso de la revolución que terminó en una Confederación o unión de ciudades, pueblos y aldeas que conservaron todos sus derechos, hasta tomar la forma de república federal, con el gobierno de Jorge Washington, punto de arranque de la posterior centralización, en que a través de un gran capitalismo, sobre todo agrario en el Sur, industrial en el Norte, terminarían perdiendo después de un siglo y medio la mayoría de sus libertades y derechos.

Tales pérdidas no fueron fulminantes sino lentas. Y Alexis de Tocqueville, el notable escritor político francés, que las visitara a mediados del pasado siglo, dejó escrito un maravilloso libro: «La democracia en América», en el cual hacía notar los defectos de una democracia de masas que paulatinamente iba buscando la concentración de poderes. Mas les hizo notar que: «En América no sólo existe la institución comunal, sino un espíritu comunal que la sostiene y vivifica...» En la comunidad es, pues, donde reside la fuerza de los pueblos libres. «Sin instituciones comunales podrá una Nación darse un gobierno libre, pero ella carece de libertad», y termina su famoso libro con estas palabras, a visoras, de la evolución hacia las formas dictatoriales de poder: «Cuando las libertades se hayan hundido en América, Europa golpeará sus puertas preguntándole: «Cain, ¿dónde está Abel?»

Mas en la otra parte de América, la llamada hispánica, también evolucionaron la herencia doble de los déspotas que aprisionaban los municipios y las de apoyo mutuo que aun estaban en la historia y en el espíritu de los hombres.

Es exacto que la conquista de América fué una empresa militar de sangre, hurto y dominio, bendecida por la Iglesia; pero los colonos que vinieron a buscar pan y libertad no siempre aceptaron el yugo de los monarcas y hubo en los primeros siglos en pueblos, curatos y aldeas, recientemente fundados, sublevaciones y movimientos revolucionarios.

Desde un principio los colonos en sus pequeñas aldeas, en el desierto, se sublevaron contra la dominación imperial y eran por igual españoles, criollos, mestizos, indios y negros, los que hubiere, levantados contra la autoridad.

Suman más de un centenar las sublevaciones de

(1) Fuero de Sepúlveda.

comunidades y ciudades que se realizaron en las colonias españolas en América, y ya cuando entra el siglo XIX también estaban preparadas para su independencia política. No es posible recordar a todas, pero anotaremos algunas más importantes. La del indio Tupac-Amarú, que fué vencida en el Perú y su jefe condenado a ser despedazado por cuatro caballos, en la plaza del Cuzco. Los motines de Asunción por el año 1542; durante once años la comuna se gobernó sola, habiendo depuesto al adelantado del Río de la Plata. La ciudad se gobernó por Asambleas sin tener en cuenta el poder español; la población estuvo contenta y luchó por su emancipación comunitaria. Posteriormente en esta misma ciudad se da la revolución más importante emancipadora, llamada de los comuneros, de José de Antequera que tocó a Paraguay y Corrientes, que lo fué de autonomía comunal y de libertades individuales. Destituido un gobernador fué designado por el pueblo don José de Antequera. El gobierno español ordenó que renunciara; el Cabildo de Asunción se opuso. El virrey del Perú nombró otro y los pueblos de Asunción y Corrientes lucharon denodadamente con milicias comunales, contra las tropas reales, pero fueron vencidos y ejecutado Antequera. Quedó la semilla que un tiempo después recoge don Fernando Mompó y vuelven a levantarse los criollos y españoles de América que ya estaban experimentalmente convencidos y enseñados que sus ciudades y pueblos podían vivir sin reyes, ni explotación y ser mandadas por ellos mismos.

Según el Padre Lozano (historiador clerical, interesado en este movimiento) Mompó «hablaba del poder del común de cualquier república, ciudad o aldea, enseñando que era más poderoso que el mismo rey; que en manos del común estaba admitir la ley o el gobernador que gustasen, pues aunque se les diesen el Príncipe, si el común no quería, podía justamente resistir y dejar de obedecer». Fueron también vencidos pero quedó la semilla, y la maduración en la estructura espiritual estaba por los siglos.

Otro gran ejemplo fué el movimiento comunero del Socorro de Nueva Granada (1791) que incluyó numerosas ciudades y cuyas bases estaban en los cabildos. Los derrotaron pero sucesos semejantes siguieron hasta la total separación del imperio y poder español a principios del siglo XIX.

Estos movimientos y los de Mayo en Argentina y Chile —en Santiago— fueron de comunas, cabildos, no de Nación. «La revolución argentina» fué de representación de ciudades cuando organizan las juntas. Las revoluciones de las colonias espa-

ñolas en América fueron movimientos comunales, de comunidad, de emancipación de ciudades, aldeas, villas, pero no de Estado. Después y de muchas luchas que duraron años se consolidaron los Estados contra las comunas populares y las quitaron los derechos. Los poderes centrales contra el autonomismo comunal. Las comunas cuando mandaron sus representantes aspiraban a federaciones de comunas, con amplias autonomías; las guerras y dictaduras destruyeron estas aspiraciones y las hundieron en el unicato del Estado que con su proceso centralizador terminó en dictaduras constitucionales o no.

El nacionalismo, mito naciente después de la Revolución Francesa, que infectara el alto espíritu de Europa, unificó las fuerzas, sentimientos y creencias al servicio de los poderes siniestros y del Estado absoluto o constitucional, principalmente. Resultó que los pueblos de América después de treinta años de «revolución» emancipadora «creyeron que creaban «naciones libres» y demás místicas, se encuentran siglo y medio después, en la más terrible esclavitud política, económica y social...

Sin embargo el sentimiento comunalista de las ciudades no ha desaparecido y las nuevas organizaciones de estructura mundial han de verificarse incluyendo la comuna libre y organizada en el orden interno y en el externo la «Federación libre de comunas» (1).

Observamos que esta gran línea, tomada desde los bárbaros y la baja Edad Media hasta nosotros, es la línea de las libertades comunales siempre con organizaciones libres, para la ayuda mutua y la administración autónoma de la vida gregaria y esto vuelve a florecer en Europa frente al fracaso del nacionalismo y del estatismo. El renacimiento de la libertad y la organización de las comunas durante la gran Revolución Española (las comunidades agrarias de Aragón) son un notable ejemplo de que la línea vital de las libertades comunales, está viva en toda la humanidad y hoy vuelven a moverse las conciencias como disconformidad en la Rusia bolchevique y en la Yugoslavia y Checoslovaquia y se anuncian como integrantes de un nuevo movimiento comunitario (de comunas) ciudades, villas, municipios, por la libertad administrativa y organizativa de una humanidad liberada de la explotación, guerra e ignorancia.

Dr. Juan LAZARTE

(1) En el orden del trabajo organizado vienen sindicatos y cooperativas, Consejos, Federaciones, etc., etc.

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

Conferencia sobre **RABELAIS**

I. - EL HOMBRE

«¿RABELAIS ANARQUISTA?»

Con este título, nuestro compañero y colaborador Hem Day pronunció recientemente una interesante conferencia en la Salle S  n  chal de Toulouse. El conferenciante cedió gentilmente el texto de su estudio para que fuese publicado en las páginas de «CENIT». Lo publicamos hoy con gran satisfacción de nuestra parte, inhibi  ndonos de añadir a la exposición del compañero Hem Day ningún comentario. Su documentado trabajo, como podrán apreciar los lectores, se presenta por sí mismo. Dada la mucha extensión de este texto iremos insertándolo en varios números de nuestra publicación.



RABELAIS es la vida, la vida en lo que tiene de verdaderamente buena: la juventud, la naturaleza. Rabelais representa en cierto modo el sol. Es esto: poeta, filósofo, médico, jurista, astrónomo, humanista. Epopeya en la que su Gargantúa y Pantagruel son invocados: filosofía, religión, moral y política: divertida a la vez que instructiva. Pensad en el lenguaje tan lleno de sonoridad, donde la amplitud se codea con la precisión entremezclada con la maravilla pintoresca, rica y variada. He aquí el cuadro de la vida, el cuadro viviente, talmente verdadero y tan rico en observaciones psicológicas. He aquí el hombre con sus vicios y sus virtudes. Escribió Anatole France: «La biografía de Rabelais, por injuria de los tiempos y negligencia de los hombres se halla repleta de lagunas. Rabelais puede encontrarse a pesar de éstas.»

No tratar   de llenar estas lagunas con algunos remiendos, y tampoco llevará, con afirmaciones pretenciosas, mi preferencia sobre tal o cual hallazgo biográfico; pues en último análisis estimo que lo que importa ante todo, por lo que nos preocupa, es el examen de los escritos y del pensamiento del que inspir   a Voltaire, que contaba entonces setenta años, esta carta dirigida a Madame Du Deffant (12 abril de 1760): «He leído algunos capítulos de Rabelais tales como los del combate del hermano Jean de los Entommeures y la conducta del consejo de Picrochole (los cito, por tanto, de memoria); los he leído con gran placer porque es la pintura más veraz del mundo... me arrepiento de haberle en otras ocasiones menospreciado.»

Rabelais nació posiblemente en 1483. Tal parece resultar de un extracto del registro mortuorio de la iglesia de Saint-Paul de París hecho en 9 de abril de 1553. Según el mismo, murió a las 70 años de edad. Sin embargo hay que señalar que el original, perdido, sólo es conocido a través de una nota adjuntada en el siglo XVIII a un epitafio manuscrito en la dicha iglesia. Deduci  ndolo de este escrito los antiguos biógrafos fijaron el año 1483 como fecha de nacimiento de François Rabelais. Algunos, Guy Patin entre ellos, adelantaron esta fecha a 1490. Enfn, otros aún, Ra-

thery y P. Lacroix, con Abel Lefranc, prefirieron el año 1495. Así pues, estas tres fechas, aproximadamente, fijan el nacimiento de Rabelais. Extracto de un epitafio manuscrito de la iglesia de Saint-Paul, en París, Biblioteca hist  rica de la ciudad: «Francisco Rabelais, fallecido a la edad de 70 años, en la rue des Jardins, el 9 de abril de 1553, ha sido inhumado en el cementerio de Saint-Paul.»

Dejar   a cada cual el cuidado de defender en este capítulo el resultado de sus sabias y minuciosas investigaciones. Si nos paramos a buscar el lugar de su nacimiento tropezaremos con otras incertitudes. Unos escogen Chinon como cuna de Rabelais; mientras que otros eruditos le hacen nacer en la Devini  re, pequeño dominio o aldea situado en el territorio del pueblo de Seuilly, a algunos kilómetros de Chinon. Sin duda los vecinos de Chinon no aceptarán en modo alguno que se pueda poner en duda la «primera villa del mundo», como la llamaba su ilustre hijo. Y pondrán en juego, para atestiguar la veracidad, el blasón de la villa famosa que ha inmortalizado una obra: «Chinon, pequeña villa, gran renombre. Asentada sobre viejas piedras. Arriba el bosque, al pie el Vienne.» Quisiera obsequiarlos con docenas de maneras con que se quiere ortografiar el nombre de Rabelais en el curso de los años. Pero hay muchas cosas oscuras en Rabelais y no de poca importancia.   No se ha llegado incluso a poner en duda el libro quinto el que se dice, en parte al menos, adjuntado a su obra? Quiero hablar de «L'Isle Sonante». Nos ocuparemos de ella.

Sin embargo los orígenes de Rabelais se han precisado gracias a las investigaciones incesantes de este último medio siglo. Y se nos han revelado bastante diferentes de los que las leyendas nos habían enseñado. Había la costumbre de presentar al padre de Rabelais como un cabaretero, como un hostelero de la Lamproie. Se le atribuía a veces una tercera ocupación: «vigneron». Se invocaba el vinillo «pineau» alabado por Rabelais en el Pantagruel como un testimonio irrefutable.

J. A. de Thou, en algún sitio, hace hablar a Rabelais en estos términos: «He vivido de tal manera que haber vivido me divierte, y leyendo lo que he escrito en vida para divertir me sigue divirti  endo. La vida

ha sido dada al hombre para gozarla riendo y jugando. Las cosas serias la hacen más amarga que la hiel. Todavía ahora el tacto clarividente del dios Baco ha evitado que las cosas serias incomoden a mis apacibles manes. En efecto, la casa que mi padre dejóme en Chinon, donde transcurre el curso de cristal del Vienne limosín, convertido desde mi partida en una taberna para uso de todos, resuena día y noche con alegre ruido. Los clientes ríen allí hasta la madrugada. Se ríe en los jardines en los días de fiesta. Las flautas animan a los danzantes que el odre ha hinchado; flautas que saben retener los aires potevinos; y lo que servía de estudio al maestro, de biblioteca a sus libros, es hoy una bodega en la que espumea un vino dulce como néctar. El destino me permite regresar a los días pasados. A ningún precio alquilaría la casa paternal ni a condición alguna consentiría en venderla.»

Algunos biógrafos nos hablan de un padre boticario; en nuestros días Anatole France y Abel Lefranc nos presentan un Antonio Rabelais, padre de François, licenciado en leyes y ejerciendo la profesión de abogado en Chinon. Se llega incluso a añadir que «en ausencia de los lugartenientes generales estaba a su cargo la más alta jurisdicción en el distrito de Chinon.»

Por lo tanto, si los dos autores precitados parecen unánimes sobre esta nueva profesión del padre del más «vigoureux nourrisson du vigoureux terroir», difieren sensiblement ambos en los detalles. No nos detendremos en ello. Rabelais, último nacido, hacia 1493, no ha conocido bastante, según parece, a su madre. No habla de ella en sus obras. ¿La perdió en la cuna como quieren suponer muchos de los que han tratado de sus orígenes? Lo que se puede constatar es que la influencia femenina no cuenta en absoluto en Rabelais. Tan misteriosas reservas sobre su nacimiento, sobre los autores de sus días, sobre su juventud y sobre su muerte, nos invitan a ser circunspectos y a dejar a los doctos el cuidado de averiguar en la vida de Rabelais lo que es leyenda o historia. Por mi parte, estimo que se armonizan admirablemente en este hombre que encarna el temperamento galo, la jovialidad, la inquietud, la burla, la sana lógica y el sano ingenio.

No me ocuparé de sus años de infancia y de juventud. No invocaré tampoco los numerosos viajes de este peregrino, tanto por Francia como por Italia; sus correrías por aquí y allá, su necesidad constante de ver, conocer y aprenderlo todo, le llevan a todas partes y a inscribirse en las facultades. Vedle en la escuela de la Abadía de Seuil; seguidamente en el convento de los Cordeliers de Fontenay-le-Comte, de donde pasa a la Orden de San Francisco de Asís, a la de San Benito, ingresa en la Abadía benedictina de Maillezais, la que abandona para tomar el hábito de sacerdote secular y viajar a través del mundo. Excedente del estado monástico, posee sin embargo una sabiduría enciclopédica que le abre todas las puertas y es el huésped de los grandes hombres de la época que gustan recibirle y charlar con él.

En Montpellier termina sus estudios de medicina y, entre tiempo, publica sus Almanagues. Después es editado su «Les faits et dicts du géant Gargantua et de son fils Pantagruel». La boga de este libro es extraordinaria: «il en a été vendu par les imprimeurs

en deux mois qu'il ne sera acheté de Bibles de neuf ans.»

Dejaré todo esto en medio de una penumbra querida y deseada. La necesidad me impone otras rebuscas, y pasaré también por alto tratar de explicar su apogeo, su eclipse, su vuelta a la fortuna y su demora en el curato de Mendon, que le atribuyó el cardenal de Bellay. Por interesante que esto sea me apartaría de la pauta que guía mis averiguaciones para elaborar las más particulares páginas que pretenden revelar a Rabelais bajo nuevos aspectos y mostrárnoslo más vivo que nunca, participando cada día en la elaboración de lo que no cesó de proclamar como indispensable a la liberación del hombre: la libertad y la justicia. Tampoco nos ocuparemos de los caracteres de su inventiva y menos aún de los de su estilo. Su riqueza de vocabulario, la estructura y el ritmo de la frase, la poesía de la expresión no retendrán mi atención aquí. Me excusaría con mucho gusto con respecto a ciertos letrados si no comprendiera su derisión, habida cuenta de que hay mil maneras de ponderar el genio de Rabelais. Escogí ya una ensayando de aportar una modesta piedrecita al edificio tan lleno de admirables aportes, aun a riesgo de citar, sin omisión desmedida, a los que me ayudaron a conocer a Rabelais y a poder apreciarlo: René Millet, Eugène Noël, P. L. Jacob, Paul Stapfer, Peladan, Jean Plattard, Arthur Heutbard, Martin Dupont, Alfred Mayrargues, Gustave Vallat, Léon Daudet, Emile Gebhart, Charles Simond, Louis Thuasne, Jean Motron, Sainte-Beuve, Henri Martin, Guizot, Armand Rivière, le Dr. Binet, Sanglé, Jacques Boulanger, Charles Causeret, John Charpentier, Emile Chevalier y la obra remarcable de Lucien Fabvre: «Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle. La religion de Rabelais.»

De las veinte y pico de ediciones que conservo he leído muchos prefacios que me han informado e instruido mucho. Pero no puedo cerrar esta larga enumeración sin señalar muy particularmente la edición de las obras de François Rabelais publicada por Honoré y Edouard Champion, edición aumentada con una introducción de notas críticas debidas a Abel Lefranc y a toda una pléyade de fervientes admiradores e investigadores de Rabelais: J. Boulanger, H. Clouzot, P. Dorneaux, J. Plattard, Lazare Seinéan, algunos de los cuales, por otra parte, nos han legado estudios y ensayos de gran erudición.

Digamos que los dos primeros libros de «Pantagruel» aparecieron en 1553-4, dos años más después de «Gargantúa». El tercer libro de «Pantagruel» fué editado en 1545, y en 1552 el cuarto. Después de la muerte del autor apareció el quinto y último libro.

Es esta una obra prodigiosa, llena de fantasía. Hay una mezcla que va de la bufonería a la grandeza. En esta extraordinaria producción hay un singular aporte de una riqueza sorprendente, un colorido de una diversidad remarcable, donde se codea lo peor y lo mejor, consecuencia de un alarde de imaginación fantástica mezclada con una erudición increíble. Se afirma por todas partes un ingenio zumbón extraordinario, un estilo que conmueve por su simplicidad, enunció de una sabiduría incomparable.

Lo que Rabelais tiene de más extraordinario es que los mejores escritores franceses han abrevado intensamente en sus obras. Leed a Molière, Lafontaine, Boileau, Balzac, Anatole France, Céline; encontraréis

aquí y allá páginas inspiradas en esta lengua maravillosa que ha sabido legarnos François Rabelais, y esto borra grandemente algunas pueriles reflexiones que los escrúpulos de algunos pueden emitir a su respecto. Charles Simond, en la nota que precede a las páginas escogidas por él de Rabelais, refuta con justicia los ataques dirigidos por los moralistas al cura de Meudon: «Sin embargo no hay que perder de vista de que Rabelais pertenece a su tiempo, y que su época no se distingue por el cuidado de la expresión. El pueblo de entonces era esencialmente despreocupado en este aspecto; placíase en la picaresca y en las escenas «verdes». Aquel siglo es todavía el de los romances. Perpetuó su lozanía y crudeza en los téminos y en las telas. El siglo XVI de Rabelais no difiere mucho del XIV de Chancer, y Rabelais no es solo a permanecer en su medio. La reina de Navarra es tan atrevida como él. Querer complicar a Rabelais en un proceso de moral puritana es transportarlo a una edad que no es la suya y condenarlo en nombre de un pudor que le hubiera hecho reír.»

Sabéis que se atribuye a Rabelais, en su lecho de muerte — ocurrió esto el 9 de abril de 1553 — esta célebre frase: «La farsa ha terminado». Puede que la haya pronunciado; puede que no. Algunos añaden este complemento: «Echad el telón». Pero se le atribuyen otras frases, tales como: «Quiero buscar un gran quizás». En el lenguaje corriente oímos frecuentemente invocar «el cuarto de hora de Rabelais». Todo esto demuestra, a mi entender, la popularidad de este monje, médico, polemista, ilustre escritor, uno de los más grandes de su tiempo, y que en nuestros días desploma, alta la mano, a esa raza de garrapateadores sin sabor ni dignidad, que escribe para no decir nada, ignorando que pertenecen a la vida libre.

Presentemos sucintamente y analicemos con rapidez sus cinco libros. Esto parecerá una apuesta. No puedo proceder de otro modo sin abundar en lo ya dicho por otros. Mi deseo es presentar sucintamente, y analizar más rápidamente aún, los cinco libros de Rabelais, a fin de que por este ejercicio de memoria queden desglosados los personajes que este narrador, moralista y filósofo, ha hecho vivir en esa familia de los reyes gigantes.

El cardenal de Bellay interpeló a alguien que había solicitado por medio de uno de sus amigos el honor de ser admitido en su mesa: «Este hombre, ¿ha leído El Libro?» (Se sobreentendía por ello, en la época, entre los medios letrados, la crónica de Gargantúa y de Pantagruel). Ante la respuesta negativa, Bellay, que no podía concebir que alguien se reclamase sabio sin haber leído a Rabelais, respondió: «Que se le sirva entre los criados». Era pertinente en aquella época y añadido que lo es todavía más en nuestros días.

Hijo de Grandgousier y de Gargamelle, Gargantúa es un hombre serio, de una prudencia extremada. Grandgousier es un bonachón inocente y rudo. Estas pasiones son a la vez vivaces e infantiles: es el hombre de buen natural. Gargantúa también es bonachón, cierto, pero es más reflexivo. Si no es muy instruido desea en cambio que su hijo Pantagruel adquiera mayor instrucción. Sin embargo, lo que le domina es la rigidez de espíritu y la virtud del corazón. Recién nacido apenas, Gargantúa no chilla como los otros niños a voz en grito. Se expresa mediante tres voces: «beber, beber, beber!» Esta fórmula es un tanto sor-

prendente, pero implica indudablemente una invitación a todos de parte de Rabelais.

El primer libro será, pues, la relación de esta infancia, de su educación, de su llegada a París. Será por otra parte motivo de una guerra contra Picrocholo y de la construcción de la abadía de Thelema, recompensa ofrecida al celo del monje hermano, Jean de los Estommeures, en esta lucha contra el enemigo. Hay en todo ello rica materia desarrollada con fuerza, que hace de este primer libro una obra maestra de ingenio, de amor y de bondad. Pantagruel, el segundo libro — compuesto antes que el precitado — narrará el nacimiento, la educación, e invocará igualmente las guerras de Pantagruel, hijo de Gargantúa. Las ideas pedagógicas de Gargantúa se exponen en carta dirigida a su hijo que ha sido enviado a las universidades más célebres al objeto de su educación. Es aquí que entra en escena un nuevo personaje: Panurgo, una especie de bohemio con el que Pantagruel ha trabado amistad y hará de él el compañero de siempre. El capítulo que explica este último episodio se halla admirablemente sintetizado en el mismo título: «De cómo Pantagruel encontrarse con Panurgo a quien amó toda su vida». Estos dos libros son ya una pintura de la civilización y Rabelais la pinta con gran talento.

«Grandgousier es el hombre de los tiempos primitivos o el hombre de los tiempos feudales cuando es bueno» — ha escrito Emile Faguet. Y prosigue: «Gargantúa es el hombre de la civilización que comienza que se desea más que se hace, o es el hombre de los umbrales del Renacimiento.»

En el tercer libro, Panurgo se dirige a Pantagruel y le pide consejo sobre si debe casarse. Y he aquí al bueno de Panurgo consultando un mudo aquí y allá a Raminagrobis, un viejo poeta moribundo. Consulta a su alrededor; se dirige a aquí y allá, a la cábala y a la quiromancia; recurre a la suerte, a los sueños. Y así surge Her Trippa, el quiromántico; Hippothádea, el teólogo; Rondibilis, el médico; Trouillogan, el filósofo y Triboulet, el loco. Es este último que inducirá a Panurgo y Pantagruel a embarcarse, a consultar el oráculo, la divina botella.

El cuarto libro nos lleva hasta las islas fantásticas. Aquí Rabelais, bajo forma alegórica, describe diversa islas que personifican tan pronto un error, o bien el vicio del hombre. En la isla de Procuración habitan los Chicanoux, es decir, la gente de justicia. En la isla de Tapinois viven los católicos. En la Farouche moran los imbeciles. Quedan todavía las islas de los pacíficos, la de los papimanes y la de Gasber, la de los epicúreos. He aquí los viajes fantásticos imaginados por un espíritu genial para hacer desfilar ante nosotros a los hipócritas, los santurriones, los ermitaños, brindándonos páginas curiosas sobre la organización y la táctica de los ejércitos del siglo XVI.

En fin, el libro quinto, cuya paternidad se le discute a Rabelais, sería, al decir de algunos, un manuscrito de cosecha ajena. No se podría atribuir a Rabelais todo lo que se desarrolla en él. Los ataques se precisan aquí, la alegría parece haberse desvanecido, y también la bonachonería. Es un panfleto corrosivo contra Roma con ciertas reminiscencias de protestantismo. Habría que retrasar esta visita a la Isla Sonante, habitada por pájaros de mal agüero en que

los machos se llaman clérigos y las hembras monjas. Se sabe lo que quiere expresar Rabelais cuando alude a estos avechuchos inútiles que no trabajan, que no cultivan la tierra. El mundo pena y suda para cebarlos. La Isla Sonante se llama también así por el tumulto que arman las campanas, grandes y pequeñas, para invocar «les chats fourrez» y otros que se describen.

Chappons y Pons, terminan la introducción a las páginas escogidas de «Gargantúa y Pantagruel» con estas líneas que serán una presentación sumaria de los cinco libros:

«Con sus defectos, su falta de medida y, si se quiere, su cinismo, la novela de Rabelais es seguramente una de las más grandes obras del ingenio humano. La obra de un artista de los más poderosos que se cono-

cen. La obra de un pensador rico en la suma de los conocimientos y de las ideas de toda una época fecunda. En fin, la obra de un humanista en el sentido más extenso y elevado, que en nombre de la razón se levanta contra todas las formas de la tontería; contra la injusticia, la violencia, el conformismo, sin indignarse, riendo con una risa enorme, el reír de Gargantúa cuando engaña a los parisinos desde lo alto de las torres de Nuestra Señora.»

(Trad. J. Peirats.)

HEM DAY

La segunda parte de esta conferencia, que publicaremos en el próximo número, se titulará: «La Abadía de Thelema: Haz lo que quieras.»

LA ESTETICA DE LA VIDA

II y último



A influencia de la concepción estética de Lacaze-Duthiers es evidente (aun cuando no esté francamente confesada) en las indagaciones de los críticos más jóvenes que tratan también de clarificar y de sintetizar en una doctrina las manifestaciones tan distintas y contradictorias del arte moderno. Por ejemplo, Juan Goudal, en su libro *Voluntades del arte moderno* (París, 1927), acentúa el carácter voluntario y consciente de

las artes contemporáneas (1). El abraza a la pintura y a la escultura, al cine, a la novela, al mobiliario, etc., en el mismo sistema estético, porque todos entran en el cuadro de las mismas explicaciones. No queriendo hacer «teorías gratuitas», Goudal emplea numerosas citas de las obras de los contemporáneos. ¡Sólo deja de citar a Lacaze-Duthiers! Goudal está más cerca de él cuando dice que, en el fondo, asistimos hoy a un doble movimiento: «El arte tiende a acercarse a la vida», a confundirse con el conjunto de la realidad «del dato». Por otra parte, «la vida intenta elevarse hasta el plano del arte. Existe un deslizamiento simultáneo del arte hacia la vida y de la vida hacia el arte». En ciertos puntos, el arte y la vida se han alcanzado; en el porvenir, su fusión llevará a profundas alteraciones en la vida social.

Partiendo de esta concepción, emparentada con la de «la voluntad de potencia estética», Goudal ha expuesto los orígenes del «totalismo estético», cuya característica es hoy «la crisis de la idea de elección». En nombre de este totalismo estético, el autor quiere dar derecho de ciudadanía artística también al cine, poniéndolo al lado del teatro, de la novela y de la poesía. Ni aún la técnica puede mantenerse aparte del arte. Esta se halla en la línea general de

la pintura, de la escultura y de la arquitectura. La técnica ha llegado a condicionar manifestaciones artísticas que afectan no sólo a la muchedumbre, sino también a las fuerzas creadoras de las individualidades. Ese «totalismo» lleva a Juan Goudal a la indicación de una escala de los valores permanentes del arte.

A decir verdad, el ideal integral de la vida estética se halla bastante lejos. ¿Tendemos a él solamente? Esto es lo que no puede negarse. Pero tendemos también a los ideales científicos, filosóficos, morales y sociales. Estos últimos son en gran medida la condición de la vida estética que, después del individualismo, ocupa un grado bastante elevado en la escala en espiral del progreso humano. En nuestra época de socialización o, más exactamente, de colectivismo dictatorial, y a pesar de la lucha encarnizada que el «viejo orden establecido» sostiene contra las olas crecientes de la Revolución, el ideal estético no ha sido olvidado, pues entra en las preocupaciones de los teóricos y de los estetas socialistas.

La estética y el materialismo histórico es el título de un ensayo de Rudolf Frank (2), que intenta, en el estudio del

(1) Juan Micco, en sus «Perspectivas del arte» (Bibl. ed. la Artistocracia, 1930), se expresa en el mismo sentido: «El hombre es un animal estético; el arte es para el hombre una función vital como la nutrición y la reproducción, la ciencia y la moral. El arte comienza donde empieza la humanidad».

(2) Aesthetik und historischer Materialisme, en el Forum, dic. 1919.

problema estético, reemplazar el método ideológico por el materialismo. Examinando el teatro antiguo heleno y el de nuestro tiempo, demuestra la imposibilidad de emitir un juicio estético puro en el sentido kantiano. Con frecuencia se confunde el juicio estético con la apreciación subjetiva, «de gusto». Aplicando el método del materialismo histórico en el dominio estético, puede situarse la obra de arte (como lo ha hecho Taine) en una época determinada y, asimismo, en medio de circunstancias económicas determinadas.

Para comprender la obra de arte, hay que trasladarse a aquellos momentos. Fuera cual fuere su valor estético propio, el teatro de Sófocles, de Esquilo, de Eurípides y asimismo el de Aristófanes, así como también el de Shakespeare, de Schiller y de Ibsen, expresan los conflictos dimanados de la situación social, política y económica de su tiempo.

En todo juicio estético, lo que priva es el interés que se ha tomado, subjetivamente, por la obra de arte. Ese juicio varía también para una misma obra de arte. No es, por tanto, el valor estético lo que decide el éxito de una obra de arte, sino tan sólo su interés. Sólo podrá abrirse camino si responde a los intereses de cierta clase social que lo juzga. Es un «contrasentido» querer demostrar el valor puramente estético de una obra. La definición del arte es subjetiva; no existe valor objetivo ni unidad de medida determinada que establezca «el estetismo» de una obra.

A las consideraciones materialistas de Rudolf Frank, que pone el interés social por encima del estético, añadimos las observaciones de un crítico, N. L. Bagniet, que reconoce también el factor colectivo-social en el arte. El primero sostiene su tesis con ayuda de ejemplos tomados en las obras teatrales. Baudigniet nos da, en *Hacia una síntesis estética y social* (3), algunas ideas interesantes relativas al problema de la arquitectura moderna y a la relación, cada vez más acentuada en nuestros días, entre la estética y la colectividad social. La arquitectura de la trasguerra de 1914-19 y de 1939-45, tiene una expresión social: la de la democracia colectivista. Ella debe representar el espíritu de la época. Al mismo tiempo que la aparición de la vida industrial y de la lucha por la emancipación de la clase laboriosa, han surgido también los esfuerzos de renovamiento de la arquitectura que había decaído durante el siglo XIX. Las primeras tentativas modernistas se han manifestado en Bélgica y Holanda, pero no correspondían aún a una profunda necesidad social. La hegemonía de la clase burguesa influyó mal el arte del siglo XIX, que ha dado genios, pero no un estilo colectivo. Entre los primeros, Van de Velde ha presentado la tendencia de un arte que sea la expresión de las tendencias colectivas religiosas de la Edad Media. De igual modo, durante el Renacimiento, el arte fue la expresión de toda una sociedad y decayó cuando llegó a ser el privilegio de una clase dominante: por ejemplo, el estilo Imperio, que ha sustituido la concepción por el ornamento. El carácter de toda época decadente es el retorno nostálgico hacia el pasado. La imitación de los antiguos estilos arquitectónicos, ha dado resultados desastrosos.

El arte moderno se ha enriquecido con un nuevo elemento de renovación: la máquina, que Ruskin condena con tanta violencia. La máquina es en realidad la primera obra de arte del siglo XX. Es una obra de la democracia, una obra anónima (como ha sido también el arte gótico) surgida de la multitud, sintetizando sus fuerzas y sus aspiraciones. El arte moderno debe ser semejante a la máquina, que es utilitaria y armoniosa por su reducción a los elementos esenciales. El arte gótico surgió del fervor común de la multitud; de igual manera, las industrias y las grandes aglomeraciones de los proletarios nos aparecen como obras del trabajo colectivo. La arquitectura moderna ya no puede ser sentimental, sino lógica y útil, armonizando la necesidad con una concepción artística muy simple. Por ejemplo, en Francia, las realizaciones de Le Corbusier. Desechando el or-

namento afectado, la arquitectura se hace viva por el juego de los volúmenes, de las masas y de los vacíos o huecos combinados. Debemos concebir el edificio lo mismo que las ciudades, como organismos. Nuestra época tiende a reemplazar los genios personales por estilos macizos y dinámicos a la vez. Siendo la obra de arte el vínculo más fuerte entre los hombres, debe hallar en ella la colectividad su expresión directa y sincera. El desacuerdo entre el arte y la colectividad significa la ruina del arte. El artista moderno debe reaccionar sobre el terreno social, debe unirse a la multitud, sentir sus profundas necesidades y elevarla así hasta él. La disciplina técnica y moral es obligatoria para todo el que quiere representar el espíritu de la época por medio las creaciones estéticas.

En este sentido se destaca también la concepción artístico-social de Elie Faure, que ha puesto en evidencia las etapas del prodigioso ciclo «que tiene su origen en la rítmica y cuya finalidad es dar a las masas el sentimiento confuso, pero irrecusable, del orden». A estas masas, él atribuye, como elemento de formación colectiva: «la arquitectura que va a desplegar; a continuación suscita al individuo a la escultura y propone la pintura para llenar el vacío que deja el templo abandonado». Después, reúne de nuevo a las masas «gracias a la música, debido a esa necesidad de llevar a cabo una obra común. Desde los orígenes de la Historia se da un proceso alternante de síntesis y de análisis que van de una integración por el amor a una desintegración por el conocimiento, y de esta desintegración por el conocimiento a una integración por el amor». El arte se funde en la triple necesidad: biológica, de comunión y de expresión por todos los medios de propagación, como las «emigraciones y conquistas, corrientes religiosas, intercambios económicos. Descubrir las analogías, la interpretación de las formas. Después, intentar captar el encadenamiento de los modos sucesivos de expresión». Estas son las consignas «rítmicas» de la concepción estética del autor de esa gran «Historia del arte» y de otros trabajos sobre la universalidad del arte, las afinidades geográficas y étnicas del arte (4).

* * *

Las reflexiones sobre la evolución de la arquitectura pueden aplicarse también a la escultura, a la pintura, a la literatura y, asimismo, a la música moderna. Mas «el colectivismo estético» ha provocado, como era natural, numerosas reacciones. Y bastantes confusiones... Algunos han confundido el colectivismo estético con «el arte anónimo». ¿Es que nos dirigimos, en efecto, hacia el arte colectivo? ¿Es que éste significa una renunciación a la personalidad creadora? Los que protestan con más fuerza son «los estetas puros» o, más exactamente, los pseudoestetas, que confunden la carrera tras la originalidad con la estética.

Exponiendo la cuestión de la estética y de la originalidad—esta vez en el dominio de la literatura—Federica Montseny llega (5) a condenar, incluso desde el punto de vista individualista-anarquista, las formas extremistas (dadaístas, cubistas, superrealistas, etc.) que no son siquiera originales o estéticas. La estética literaria exige la expresión exacta y sutil, el juicio rápido, la elegancia del estilo y el poder de sugestión. Estas cualidades, que constituyen el encanto de

(3) «Europe», París, nov. 1925.

(4) Pierre Descaves: «Un humanista universal: Elie Faure», supl. lit. «El Nacional», de Caracas, 31 julio 1952.

(5) «L'en dehors», núm. 97, dic. 1926.

las obras de Flaubert, por ejemplo, no pueden encontrarse fácilmente en la confusión de la literatura modernista. Una originalidad falsa y desequilibrada ha sumergido todas las manifestaciones literarias y artísticas. «¡Que no se parezca a nada de lo que existe! ¡Una nueva literatura y un nuevo arte!», es el grito de combate de los jóvenes, incapaces de brillar con luz propia. Es más fácil dejarse llevar por la corriente de la moda y de la excentricidad, que arriesgar la vida en defensa de los intereses generales humanos.

Queriendo destruirlo todo para «levantar el edificio moral de un arte moderno», la juventud que se cree revolucionaria no tiene, en cambio, la fuerza creadora para reemplazar las ruinas. Con los versos dadaístas, con los cuadros inverosímiles de los cubistas, con la crítica desdenosa de todo lo que no es extravagante e ininteligible, no puede realizarse un «arte nuevo».

La originalidad, en cualquier dominio, no puede crearse; brota de las realidades como la evolución de las formas naturales. No es suficiente el decir: «Quiero ser original»; es preciso tener también una especie de substrato orgánico de la originalidad. Las manifestaciones «ultramodernistas» en el arte y en la literatura de los jóvenes de espíritu exaltado o perturbado, desprovistos de lógica y de sentido común, son verdaderas puerilidades e incluso indicios de degradación física y moral de la especie humana... Estas apreciaciones de Federica Montseny (que no es una «moralista») concuerdan con las de los psicólogos y con las de la medicina social.

La belleza, que ha sido la primera norma del arte griego, y la sensación estética por medio de la cual se purifican los sentimientos y se cultivan las ideas, han desaparecido en nuestros días. Han sido ahogadas por la incapacidad de la literatura y del arte modernos, que querían ser originales; no encontrando nada nuevo, porque todas las «novedades» fueron descubiertas antes, esta literatura se ha ocupado sin cesar de las pequeñeces de la vida, creyendo que podrán levantar sobre estas débiles bases el edificio del «arte nuevo».

Todos debemos tener, desde luego, la aspiración de crear «algo nuevo». Ante todo, es necesario un nuevo medio y una nueva vida basada en la más completa libertad; la originalidad no se manifiesta con métodos forzados, sino con libertad en todos los dominios de la vida social. La originalidad es necesaria en la literatura también, pero no es un objeto único. La literatura, como asimismo las demás artes, no es una realidad fundamental de la vida, sino un hecho accidental. No es, por lo tanto, un fin, sino un medio de educación y de purificación. Si la literatura no conserva su carácter educativo y crítico, entonces es una simple pérdida de tiempo, una «ocupación» desprovista de espiritualidad y de todo valor moral.

La literatura, auxiliar de todos los ideales, creación de la inteligencia humana, rica fuente de ideas, medio de cultivar los sentimientos estéticos, esa literatura debe conservar su alta misión educadora. A pesar de la baránda ensordecedora de los ultramodernistas, esta literatura será también en el porvenir, como ya lo ha sido, la expresión de las grandes aspiraciones humanas; mediante ella se manifestarán las tendencias progresivas de la evolución de la vida y será siempre ella la que mantendrá la cultura estética de los sentimientos y de las ideas del hombre.

En el antípoda de «la originalidad» a todo precio de la estética individual o, más exactamente: del seudoesteta que (como lo ha demostrado Federica Montseny) no puede afirmar su personalidad creadora, se halla «el arte anónimo». En otro tiempo, este último tenía un sentido preciso. Hoy en día, cuando el imperativo individualista se afirma a pe-

sar de la presión colectivista, conviene analizar con más prudencia el sentido del arte anónimo.

Los periódicos parisenses anunciaron que un grupo de jóvenes pintores y escultores, reaccionando probablemente contra los viejos célebres, que guardan demasiado bien las puertas de las exposiciones, habían resuelto organizar una exposición para ellos, sin ninguna preocupación personal, es decir con obras no firmadas. Por otra parte, cincuenta escritores habían decidido escribir, juntos, una obra teatral... Han pasado diez años desde entonces y no he oído decir si esas intenciones habían sido realizadas. Si descartamos la insinuación de que esas intenciones son también medios de reclamo personal, podríamos considerar esas manifestaciones como ensayos de retorno al antiguo fervor creador que consagraba todas sus fuerzas a una creencia colectiva. El individuo artista se fundía en la muchedumbre adoradora, como una piedra esculpida en la catedral gigantesca que centralizaba el ardor ético y estético de las épocas dominadas por el absolutismo eclesiástico y monárquico.

El tiempo de esas obras ha llegado a su término. La arquitectura reunía entonces todas las actividades sociales y espirituales. La pirámide, el templo y la catedral eran la obra de los pueblos y de los milenios. El hombre «vivía en la eternidad». La piedra exigía el esfuerzo silencioso y tenaz de las generaciones sucesivas. Pero desde que la imprenta hizo su aparición, la obra colectiva comenzó a mudar su expresión que, de exterior, de simbólica y de elemental, se tornó cada vez más compleja y más interior. En lugar de la expresión lenta, continuamente ascendente, dióse la posibilidad a una expresión inmediata, personal y, por así decir, interiorizada. La imprenta arrebató el individuo a la muchedumbre. «Esto matará aquello», dijo el monje de Víctor Hugo, mostrando el primer libro salido de la prensa de Gutenberg y, después, la silueta maciza y lujuriante de la catedral de Nuestra Señora de París.

El trabajo de hoy, colectivo, la vida estandarizada está basada en la técnica y esta última en la ciencia, sometida al imperativo de la ganancia. La industria, a pesar de su minuciosa especialización, ha llegado a los colosos de hormigón y hierro, plantados por encima de las minas de carbón o flotando sobre el océano que se rebela en vano. La creencia de nuestros días es muy otra que la de tiempos pasados, aun cuando Jehová, Buda y Cristo sigan subsistiendo... El dinero aureola a las viejas divinidades. El arte puro se halla aislado en santuarios ignorados. Las masas son sacrificadas a los dioses sangrientos: la Política y el Capitalismo y la Guerra.

El individualismo ético y estético es, pues, una reacción natural contra el materialismo opresor y nivelador. El «arte anónimo» moderno se halla desprovisto, como toda producción en serie, de la significación que tenía en otro tiempo. El arte colectivo implica no sólo el interés común, sino también el alma, la idea y la creencia colectiva. Estos existen hoy más en sus formas inferiores o negativas: están arraigados en el estómago y en el sexo. No se han remontado todavía hacia el dominio ilimitado del Espíritu, hacia el azul de la creación desinteresada. La masa será «el abismo sin fondo» que engullirá ciegamente todos los impulsos individuales en tanto no llegue a la fuente inagotable de la solidaridad humana y cósmica, a la fuerza eterna de la inspiración creadora. Cuando la muchedumbre llegue a ser dueña de su destino material—lo que significa también conciencia individual—comenzará entonces la era espiritual de la humanidad, después de su larga noche animal.

Las exposiciones de estos diversos aspectos de la estética en relación con el hecho social, requieren una simplificación

**

y un camino que sea valedero para todos. He aquí lo que creemos nosotros:

El *materialismo estético*, por así decirlo, es tan extremista como la «*artistocracia*». Si el primero reduce la estética a la realidad económica o, por lo menos al interés de una clase social, la otra proyecta su concepción integral de la vida estética en un porvenir demasiado lejano y corre el riesgo de ser interpretada por los revolucionarios muy apresurados como una «*reacción*» nueva de una *élite* que, no pudiendo reinar desde lo alto de sus torreones feudales o en los gabinetes diplomáticos, se refugia en la torre de marfil del arte.

Ambas concepciones tienen, sin embargo—la última más que otra—raíces profundas en la realidad humana. El materialismo histórico subordina el arte a los intereses de una clase social mayoritaria y le asigna, como condición de viabilidad, el expresar los conflictos que resultan de los diversos estados económicos y políticos—y el tender a hacer triunfar ideales sociales determinados.

Para los que proclaman la integridad del artista, la obra de arte sólo tiene tendencia hacia «lo bello», que ennoblece el alma. Independiente con respecto a las instituciones sociales, políticas, religiosas, etc., el arte debe contribuir a enriquecer la personalidad, a condición de que, a su vez, las creaciones artísticas contribuyan a la educación estética de la multitud y faciliten el progreso general de la cultura. Comprendida de este modo, la «*artistocracia*» tiene una misión esencial, y puede trabajar para la humanidad sin subordinarse a los «intereses de clase». En virtud de su gestión creadora, el arte puede «obligar» a la humanidad a elevarse hacia sus aspiraciones permanentes y a *embellecer la lucha de la humanidad* en el cuadro vasto de la Naturaleza y por encima del molde artificial y transitorio de la sociedad.

«La vida—dice Upton Sinclair, el escritor norteamericano realista y lúcido—es un manantial de creación, del mismo modo que lo es el arte; somos a la vez criaturas de arte y de vida, y podemos hacer una vida nueva por el hecho de que nuestras obras de arte darán imágenes nuevas de la vida... Los grandes artistas crean un tipo humano que no existía en el mundo antes, y millones de seres humanos se apasionan por este tipo hasta el punto de intentar imitarlo; dan, por consiguiente, nuevas formas a la realidad, formas que no existían en el mundo antes de la regla de vida del inglés moderno, haciéndolo más generoso y más abierto que el ser tosco y estúpido que de otro modo hubiera seguido siendo. Igualmente contribuyó Cervantes a la formación del español moderno, durante siglos víctima de las idioteces y de superstición. Y asimismo Molière preparó al francés moderno con su sentimiento de risa y su sentido de la realidad» (6).

En efecto, mejor que los teóricos estetas, son los creadores de obras de arte que, con su vida también, nos han dado indicaciones más claras sobre el ideal estético, armonizándolo con las verdaderas aspiraciones de la humanidad. Un Goethe—a pesar de su actitud olímpica y aun habiendo dicho que «la música puede ejercer sobre la moralidad un influjo tan pequeño como las demás artes»—es un ejemplo de aquellos clásicos que fijaron en sus obras lo que solemos llamar «lo general humano». En este sentido dirigen sus esfuerzos todos los combatientes del Espíritu: los que luchan en el seno de la sociedad y los que quieren trastocarla y, asimismo, los caballeros del ideal puramente estético.

El pintor Eugenio Carrière (7) y el escultor Augusto Rodin (8) pueden ser considerados como prototipos de artistas que han sido a la vez hombres superiores y que no ignoraron las aspiraciones de la humanidad que sufre. Al lado del novelista Romain Rolland y del poeta Rabindranath Tagore, son precursores del humanitarismo, toda vez que han *realizado* obras a la par estéticas y humanas.

Adentrándose en el seno de la humanidad, es como se han elevado por encima de ella, hacia las armonías univer-

sales y los misterios de la vida. La simpatía cósmica les ha traído a la fraternidad humana, confiada y serena; las mismas leyes reinan por doquier en el universo. El arte no puede ser un «deporte» o un privilegio, sino una «intuición de la vida y de sus leyes».

Goethe, a propósito del carácter universal de la cultura humana, dijo que no existe un arte patriótico ni una ciencia patriótica; «ambas cosas, como todo bien supremo, son patrimonio de todo el mundo y no pueden fomentarse sino con la general y libre acción recíproca de todos los vivientes en constante atención a lo que nos ha quedado y conocemos del pasado».

En un capítulo sobre el arte y el espíritu nacional, en su obra fundamental *Nacionalismo y Cultura*, Rudolf Rocker, demuestra con ejemplos de grandes artistas de todas las épocas históricas que, en definitiva, cada artista es un miembro de una gran unidad cultural «la cual, según sus designios personales, determina sus creaciones, en las que la nacionalidad representa un papel subordinado». Lo que se llama «la voz de la sangre» reside, quizás, en recuerdos del pasado, en tradiciones, pero no puede determinar «rasgos de parentesco» en las obras de arte; de lo contrario, «no sería tan grande el número de artistas tan absolutamente desconocidos, burlados y difamados por los contemporáneos de su propia nación». Es suficiente nombrar, a este propósito a Rembrandt. Las corrientes artísticas: el clasicismo y el romanticismo, el expresionismo y el cubismo, etc., brotan de la época, son fenómenos del tiempo, de las condiciones sociales sobre los que ninguna influencia tiene la nación. Y Rudolf Rocker concluye: «No, el arte no es nacional, como tampoco lo es la ciencia o cualquier sector de nuestra vida espiritual y material.»

Se podría objetar, como me dijo un joven (9): «La ciencia no tiene patria. Pero sí la tiene el científico, como lo apuntaba Pasteur. Otro tanto puede apuntarse con respecto a los artistas. Creo que esa precisión importa en la medida en que nos vuelve conscientes de la importancia de los antecedentes telúricos, como factores de fuerza notable, que imprimen sus peculiaridades al creador... Mi interlocutor, pese a todo, llega a la misma conclusión: «Es claro que quien sabe ahondar en sus vínculos telúricos y locales, si es auténticamente humano, alcanza de un modo natural, repercusión universal y—de un modo tácito—permite el acercamiento de los hombres de no importa qué parte del mundo.»

Así, aun partiendo de los llamados «antecedentes telúricos», todo hombre sincero consigo mismo, reconoce lo que Rudolf Rocker expresa con su dura franqueza: «El arte y la cultura están por encima de la nación. Como ningún verdadero artista crea para un pueblo determinado, así tampoco el arte, en cuanto arte, se deja extender en el lecho de Procusto de la nación».

La misión de los artistas consiste en «concentrar todas las atenciones sobre las ideas generales humanas que ellos expresan en sus obras». Deben realizar, como dijo Carrière, aquellas «fiestas humanas que, mitigando, en determinados días, los intereses contrarios, vuelven a llamar a los hombres al sentimiento de un destino común» (10).

Eugen RELGIS

(6) «Pro-Vida», La Habana, dic. 1952.

(7) G. Séailles: Eugenio Carrière, París.

(8) Augusto Rodin: «El Arte», conversaciones con Paul Gsell, París.

(9) Marcos Lijtenstein, en una discusión sobre Goethe.

(10) Citado por Séailles.

DON JUSTO SIERRA



OPULENTO y magnífico como un viejo emperador de las Indias tiene el señorío de aquellos ancianos hermosos que en la Antigüedad fueron rapsodas de las tradiciones populares y en nuestro tiempo son archivos de todos los conocimientos humanos. Es un patricio de la cultura y un artista del corazón. Es un poeta, y un poeta apasionado.

La característica principal, el rasgo fisonómico de esta recia personalidad mexicana es la generosidad. Y la generosidad es en ocasiones superior a la bondad. No son sinónimos ni mucho menos: la bondad no siempre transcende; la generosidad implica siempre transcendencia. Y la generosidad de don Justo Sierra es dádiva permanente, lo mismo cuando habla que cuando escribe, cuando enseña que cuando critica, cuando ataca que cuando defiende. Don Justo Sierra es siempre un hombre de corazón, que se da a sus amigos, a sus discípulos, a sus lectores, a sus oyentes. Y se daba así: sin tacañerías ni recatos, desnudamente, a manos llenas. No en vano es hijo del trópico, de aquella tierra caliente que se da en exuberancias. **Ex abundantia cordis loquitur os**, decían los antiguos. De la plétora cordial de don Justo hablan su boca y sus manos, hechas a repartir bellezas y bondades. De ahí que Urueta le atribuya «un invencible sortilegio, un poder de atracción y de fascinación que hacía que las almas fueran a él como a un abrigo, como a un reposo, como a una defensa».

Así la tierra así el hombre, valga la insistencia. Nació en Campeche, tierra de faisanes, pericos y picaflores, paisaje de opulencias tropicales y de deslumbrante colorido. De ahí la mirífica riqueza de galas con que don Justo Sierra viste sus pensamientos. Aquel sol ha encendido en su corazón la lámpara de Aladino y en su mente el penacho flammígero del ensueño. Y esa lámpara y ese penacho no abatirán la llama maravillosa con los años. Ya en la madurez, se advierten en don Justo Sierra los mismos deslumbramientos que, bajo los cielos de Campeche, le maravillaron cuando niño. Nunca dejó de ser el poeta apasionado que escribiera «**Playeras**». Ni cuando escribe las páginas históricas sobre la evolución política y social de México. Como biógrafo, como historiador, como orador, como conferenciante, don Justo Sierra es siempre poeta, pero un poeta generoso como han de ser los poetas, de quienes dice al final de su prólogo a las «**Peregrinaciones**» de Rubén Darío:

«Los poetas deben servirse de la lira para civilizar, para dominar monstruos, para llevarlos en pos suya hasta la montaña santa en que se adora el Ideal.»

Esta fué la misión que se impuso, el apostolado a que se consagró don Justo Sierra: civilizar monstruos, encender en sus corazones la llama capaz de transformarlos y abrir a sus ojos, señalarles, el camino

que conduce a las cumbres de la belleza, su ideal. Sin belleza no hay civilización posible. Si quitamos la belleza de la herencia secular de las Edades, ¿qué quedaría? La ciencia por sí sola produce monstruos; la belleza los domestica, los amansa, los eleva a la categoría de hombres. Recordemos, si no, las fábricas de la muerte de los nazis, sin olvidar los bombardeos atómicos de Hiroshima.

Difícil y empeñoso es el intento de hacer un juicio de la obra de don Justo Sierra. Tan polifacética es la producción del gran polígrafo mexicano. Abarca todos los géneros, la poesía, el ensayo, la carta epistolar, la biografía, la crítica, la conferencia, el discurso, etc. Y en todo se destaca como un maestro, y siempre, sin menoscabo del poderoso aliento poético con que dió principio a su labor literaria en la adolescencia. Como poeta sigue a Víctor Hugo; es jacobino, iconoclasta. Y desde el romanticismo de sus odas y de sus cuentos va al modernismo que está en boga, un modernismo que, al decir de Urbina, «viene a purificar el estilo, a hacerlo más castizo y límpido, conservando su carácter novohispano, para abrir a los cuatro vientos del espíritu su curiosidad y renovar ideas y formas de acuerdo con su desarrollo cultural y social.» Don Justo Sierra se distingue de Altamirano, por su modernismo. Su maestro es romántico; él es modernista.

De su obra poética, de influencia victorhuguesa, además de «**Playeras**», género que impuso, cabe citar: «**El Beato Calasanz**», poema muy discutido, de espléndida factura, «**Cristóbal Colón**, Al autor de «**Murmurios de la Selva**», «**El Funeral Bucólico**», les versiones fragmentarias de «**Les Trophées** de Heredia y los magníficos sonetos «**Spirita**», «**Florencia**», «**José Martí**», «**Aníbal**», etc., sin olvidar la conmovedora elegía que leyó en la tumba de Acuña. De sus cuentos y relatos, de tendencia romántica, victorhuguesa, merecen ser destacados «**Marina**», «**Playera**», «**La Sirena**» — recuerdos de su tierra natal — «**César Nero**», «**María Antonieta**», «**El Jerusalem**», donde se advierte la vocación del formidable historiador que habla en él, y «**La novela de un colegial o Confesiones de un pianista**». Esta y las novelas de Altamirano constituyen ya las realizaciones, en una forma artística y literaria, del romanticismo mexicano en la novela.

Después de la muerte de su hermano, escritor también él, don Justo Sierra se entrega a estudios más serios. Se hace positivista para romper más tarde con esta tendencia y propugnar por una revalorización espiritual. Saluda a la crítica que trae en germen una transformación a la vida cultural y política de México y, a su venerable sombra de patriarca y maestro, crece la famosa generación del Centenario. Como educador es de la talla de Varona, de Bello y de Hostos. No en vano se le ha llamado **Maestro de América**. Mentor de dos generaciones, impulsa la educa-

ción popular en México con la aplicación del espíritu de la cultura superior a la enseñanza. Y a este propósito bueno será consignar los hechos siguientes: siendo subsecretario de Estado, Sierra crea el Consejo Superior de Educación Federal para «dotar de una arteria armónica, de una conciencia viva y activa al dilatado conjunto del sistema escolar». En 1905, a iniciativa suya, se crea la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Y en 1910 restablece la Universidad Nacional, una universidad de tipo moderno, agrupación orgánica de institutos docentes y de investigación.

En la fundación, o mejor restauración de la Universidad Nacional, don Justo Sierra pronunció un discurso que es sin disputa alguna la mejor pieza oratoria de este gran orador. En él señala la función pedagógica y social de este centro docente. La Universidad ha de investigar, pero no a espaldas del pueblo, ha de crear profesionistas, pero con sentido humano y con responsabilidad colectiva. No sólo ha de producir ciencia, sino crear el espíritu de sacrificio en favor de los intereses de la vida social. No concebía que en estos tiempos un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria. La Universidad no podía ser una entidad consagrada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque a su alrededor se desorganizase toda una nación. Por eso al final de su discurso decía como una síntesis que lo resumía: «Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atenea sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo dentro de sus contornos de mármol blanco: queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes, para adorar a Atenea **Promakos**, a la ciencia que defiende a la Patria.»

Su producción como historiador y sociólogo va unida a su labor de catedrático. Además de sus manuales escolares de historia general da a luz **«México: su evolución social»**, en cuya segunda parte figura su **«Historia política»**. Esta obra, reimpressa en 1940 con el título de **«Evolución Política y social del Pueblo Mexicano»**, con prólogo de Alfonso Reyes, constituye la más completa exposición histórica de la nacionalidad mexicana así como también la más madura y firme interpretación de la realidad social del pueblo mexicano. Más tarde, y en colaboración con el historiador mexicano, Carlos Pereyra, publica **«Juárez: Su obra y su tiempo»**, que junto con la obra precedente bastarían, al decir de Alfonso Caso, para mantener su nombre de gran historiador en la posteridad. Y a esta labor hay que añadir su producción en el periodismo, sus ensayos, crítica, viajes, etc. Recientemente la Universidad Nacional ha editado sus **«Obras completas»** y ha recogido en XV gruesos volúmenes toda su enorme producción, desde sus primeras colaboraciones en **«Revista Azul»** a sus cartas epistolares, modélicas del género.

Entre sus discursos merecen ser leídos el ya citado que pronunció en la restauración de la Universidad, el pronunciado en honor de don Gabino Barreda, la oración fúnebre en el aniversario de la muerte de don Benito Juárez y el panegírico que, con motivo de la colocación de la placa que daba el nombre del

general Prim a una avenida de México, pronunció el 21 de julio de 1904. Discursos llenos de emoción humana y enjundiosos de contenido que el orador sabía enriquecer con pensamientos y sentencias lapidarios, esculpidos en el bronce y aun en el oro de la palabra. No quiero terminar estas notas sin referirme a dos de sus magníficos prólogos, tarea ésta a la que don Justo Sierra no se negó nunca, cuando la amistad o la admiración lo requerían para tal menester. Uno de ellos es el prólogo a las **«Peregrinaciones»**, de Rubén Darío. En este prólogo, digno de tan altísimo poeta, don Justo Sierra hace gala de su erudición y conocimientos de las líricas europeas y sus tendencias en boga a la sazón; reprocha al poeta de la **«Marcha triunfal»** y de **«Los motivos del Lobo»** que no quiere ser de nadie, como afirma en **«Prosas Profanas»**, y le invita a descender de su torre de marfil con estas palabras: «Volved a la humanidad, volved al pueblo, vuestro padre, a pesar de vuestras manos de marqués, volved a América, vuestra madre, a pesar de vuestra carta de naturalización en la República de Aspasias y de Pericles.»

El otro prólogo es el que puso a las poesías de Gutiérrez de Nájera, el más afrancesado de los poetas mexicanos, mejor dicho, el más modernista. A propósito de este afrancesamiento, que don Justo trata de justificar, alguien ha dicho que nació del contacto del pueblo mexicano con los soldados invasores de Napoleón III al servicio del príncipe rubio entronizado por los conservadores frente a Juárez. Pero esto es inadmisible. El choque con la soldadesca sólo podía producir lo contrario. La soldadesca es bárbara y, en ciertas ocasiones como aquéllas, además de bárbara es odiosa. Nunca se imita lo que se odia; se imita lo que se ama. Tengo para mí que en este afán por lo francés alentaba el resentimiento secularmente alimentado por romper con la tradición política y religiosa de la Colonia: había que borrar de la vida política y social cuanto recordase las viejas hegemonías de la Metrópoli, de España.

Tampoco me parecen admisibles las razones que aduce don Justo Sierra en ese prólogo cuando al contestar a Menéndez Pelayo, que reprochaba a los poetas mexicanos su devoción por lo francés, pregunta: «¿Y a quién podíamos imitar? ¿Al neoclasicismo español de principios de siglo? Era una imitación del francés. ¿Al romanticismo español del segundo tercio? También era una imitación francesa.» Sin embargo, yo recuerdo una página maestra de Víctor Hugo escrita a propósito de la España del 68 y tengo por hiperbólicas las respuestas que da a sus preguntas el ilustre polígrafo mexicano. No todo era imitación francesa en la literatura española. Como no todo es francés en el naturalismo de la Pardo Bazán, a despecho de la autoridad de Valera y de Pereda. Que en las décadas aludidas por don Justo Sierra y escritores hispanos e hispanoamericanos hayan seguido el modo francés no nos obliga a admitir con don Justo Sierra que la literatura francesa ha sido el jugo nutritivo de la literatura española. Sería hiperbólico admitirlo. Nada tienen que ver las formas en uso con las savias nutritivas. Estas están en la raíz y no en la fronda. Y la raíz de una Pardo Bazán, ya que a ella me he referido, tan vapuleada por Valera, no está en las Galias, sino en Galicia. No niego que las literaturas, en mucho o en poco, sean tributarias unas

de otras. La española lo fué en el cuento primero de la oriental y luego de la italiana; pero la italiana a su vez lo fué más tarde de la española en el teatro. Recuérdese la polémica sobre la patria de «El burlador de Sevilla» de Tirso. Cuando en Italia (siglo XVII) se representaban las adaptaciones de Cicognini — «El Convitato di pietra» y la «Vita è un sogno» —, en varios teatros de Venecia hacían furor arreglos y variaciones de «Don Quijote de la Mancha».

Yo creo que en la literatura se ha dado igual fenómeno que en la pintura. Se tiene a Francia por cuna del impresionismo. En cambio, cuando nuestro Sorolla visitó el estudio de Manet y vió sus cuadros no pudo por menos que exclamar: «¡Así pinto yo!» Naturalmente que pintaba así. Y no era el único pintor español impresionista. Como que el impresionismo que París imponía como una moda más tenía ya sus antecedentes en España. ¿Qué es nuestro Goya, sino impresionista?

Quiero cerrar estas notas sobre don Justo Sierra con un párrafo que tomo de unas páginas autobiográficas de Enrique González Martínez, publicadas en

«Cuadernos Americanos», con el título de «El Hombre del Buho». Dicen así:

«...Era pomposo y hablaba con voz engolada y fuerte. Al principio daba la impresión de que era vanidoso; pero esta impresión era falsa. A los pocos momentos de oírlo, era imposible dejar de ser dominado por su gracia y simpatía. Conversador muy ágil y muy variado de temas, demostraba a las claras su cultura amplia, su curiosidad mental, su inteligencia y su ingenio. Dominador de sus especialidades, sabía de todo, y aun en aquello en que sus conocimientos eran superficiales, se movía con soltura y seguridad, sin propasarse a terrenos de pedantería. Alto y grueso, con un rostro socrático y maneras distinguidas, era la adoración de sus amigos, a quienes protegía generosamente y se conquistaba el respeto de sus adversarios. Sus actividades políticas no eran de poca monta ni en aquella hora ni en el pasado; pero él prefería su personalidad literaria y de historiador a las vanidades del hombre público.»

Mariano Viñuales

APOYO MUTUO Y EVOLUCION SOCIAL

II y último

TESTIMONIO DE LOS GRUPOS PRIMITIVOS ACTUALES



ESDE que Kropotkin escribió «El Apoyo Mutuo», han sido estudiadas muchas tribus primitivas en todas partes del mundo, y de ellas se han sacado una gran cantidad de informaciones relacionadas con la organización social. Es necesario, por tanto, a fin de evitar la confusión, de hacer distinción entre las verdaderas sociedades primitivas que no han conocido nunca la agricultura y aquellas civilizaciones «salvajes» que muestran ser restos degenerados de unas civilizaciones más avanzadas del pasado. Las primeras son las representantes modernas de los «antiguos cazadores» de la edad de piedra, antes del descubrimiento de la agricultura. Son precisamente estas últimas las que han sido disfrazadas por los Huxley y los H. G. Wells y otros inconscientes ideólogos del capitalismo, de hordas salvajes adictas a horribles costumbres.

Los colectores primitivos de alimentos han sido estudiados ampliamente en diferentes partes del mundo por una multitud de observadores desde los viajeros y misioneros hasta los antropólogos y etnólogos. A pesar de esto, las informaciones sobre estas sociedades primitivas son asombrosamente uniformes. En todas partes han sido encontradas caracterizándose por la sociabilidad, la confianza mutua y la ausencia de violencia y lucha dentro del

grupo. Así los pigmeos de Africa nunca roban o matan, sin que tal acto haya ocurrido en la memoria de sus mayores (Van den Bergh). Otro escritor habla de los Pigmeos Mambuti, del Congo, en términos similares. Nunca matan o roban entre ellos, son muy apacibles y hospitalarios, muestran gran valor en la caza y no tienen aspiraciones sociales. Los bosquimanos Kalahari fueron exterminados por los holandeses; sin embargo son descritos como seres completamente exentos de crueldad y carácter vindictivo, rectos y fieles en sus tratos, amables, alegres y despreocupados sobre el mañana. Eran tan simples en la organización de la tribu, de la jefatura o de la autoridad central como en la criminalidad en sus proezas (Dorman).

Los Veddahs de Ceilán son «tan pacíficos como sea posible ser; son proverbialmente sinceros y honestos» (Bailey). El Segman de Malaya no tiene forma de gobierno. «Libertad y no libertinaje es el principio del grupo de Semang y las características de cada individuo». Comen en común y comparten sus alimentos; la embriaguez y el robo son absolutamente desconocidos (Achebesta). Los Negritos de las islas filipinas son completamente pacíficos; cualquier miembro de cualquier otra tribu es bien recibido. A la pregunta de un misionero (Vanovergegh) de si permitirían a Negritos de otros distritos venir a cazar a sus propios bosques, la respuesta fué: «Si, nosotros no podemos prohibírselo. Si ellos quieren venir a cazar en nuestros bosques, están autorizados para hacerlo, ¿por qué no?»

De igual forma, los esquimales no pueden comprender la profesión de soldado, y no tienen palabras para el crimen y el robo. Sus costumbres, por

tanto, semejan a las del hombre «civilizado» en los distritos donde sus territorios se ponen en contacto con el hombre blanco y donde han aprendido a tratar con ellos. Ocurrió lo mismo con los indios de América del Norte. Verrill, declara que la idea corrientemente aceptada sobre su crueldad es completamente errónea y donde la degradación ha tenido lugar la atribuye él a la influencia de los hombres blancos. Ni siquiera los primitivos estaban preparados para ser masacrados por la política de exterminación de los primeros colonizadores a los que no opusieron resistencia alguna. Verrill, hace notar: «Yo he visto a los indios cambiar el lugar elegido como campamento a fin de no molestar un pájaro anidando». Y H. J. Massingham comenta: «Podemos casi llamar tal delicadeza de acto de piedad imaginaria, pues explicación privativa de las mentes civilizadas de que tal acto debe ser considerado como puramente infantil». Vale la pena recordar de que fué el carácter de los pieles rojas el que tan profundamente influenció a los pensadores humanistas franceses del siglo XVIII y su concepción del «salvaje noble» tan a menudo ridiculizada hoy por los ignorantes.

Como ejemplo final en esta breve relación, citaré lo que dos observadores dicen de los Punan de Borneo, gente que no conoce clases sociales ni propiedad privada; todo es allí comunal. El Punan «es una persona que se hace amar por sí mismo, es rico en buenas cualidades y ajeno a los vicios. No mata ni ataca a los hombres de otras tribus desenfrenadamente. Pero se defenderá y defenderá a su familia valientemente si es atacado y no tiene medio de escape. La lucha entre los Punan o contra diferentes comunidades es muy rara...»

«La opinión pública y la tradición parecen ser las solas y suficientes sanciones de conducta sobre estos arcadianos nómadas... La armonía y la ayuda mutua son las reglas dentro del círculo de la familia, así como a través de la gran comunidad... Cada cual comparte con los miembros del grupo cualquier alimento, animal o vegetal, que la suerte o la habilidad le depare».

Estos son descritos como «ricos en imaginación» y de estar en posesión de «una fina interpretación del arte pictórico y la artesanía». Elliot Smith, habla de ellos como seres «exentos de la exasperación y el egoísmo que crea la civilización» y de ser «la misma antítesis de lo que comunmente se entiende por el término salvaje».

Se ve claramente, por tanto, que el hombre natural, no atado por las instituciones sociales y la desigualdad, no es ni salvaje ni peleón, sino que vive en armonía y en libertad con sus semejantes. Estas observaciones modernas, sacadas de fuentes de distintas partes del mundo, no dan confirmación alguna para la concepción capitalista de «la guerra mutua hobbesiana». Al contrario, refuerzan en un todo los razonamientos expuestos en su gran libro por Kropotkin con tanta belleza y habilidad.

SIGNIFICADO SOCIAL DEL APOYO MUTUO

Falta examinar la relación que guarda la controversia sobre el apoyo mutuo con las bases teóricas de la Sociología Anarquista de un lado, y del

otro, con las ideas autoritarias expuestas tanto por capitalistas como por fascistas y socialistas.

Kropotkin resume las pruebas sobre el apoyo mutuo en la vida animal con estas palabras:

«Afortunadamente, la rivalidad no constituye la regla ni en el mundo animal ni en el del género humano. Esta se halla limitada entre los animales a períodos excepcionales, y la selección natural encuentra mejor terreno para sus actividades. Por la «eliminación» de la rivalidad o competencia por medios del apoyo y protección mutuos son creadas mejores condiciones de vida. En la gran lucha por la existencia (por la mayor amplitud e intensidad posible de vida con el menor desgaste también posible de energía) la selección natural, continuamente, busca medios, justamente con el fin de evitar la competencia en cuanto sea posible. Las hormigas se juntan en nidos y naciones; hacen provisiones, guardan sus rebaños y de esta forma evitan la rivalidad; y la selección natural escoge de entre la familia de las hormigas, la especie que mejor sabe evitar la competencia, con sus consecuencias perniciosas inevitables. La mayoría de nuestras aves se desplazan lentamente hacia el Sur a medida que avanza el invierno, o se reúnen en innumerables grupos y emprenden largos viajes; de esta forma evitan la rivalidad. Muchos roedores se entregan al sueño invernal cuando llega la época de la posible rivalidad, y otras razas de roedores hacen acopio de alimentos para el invierno y viven en común en grandes poblaciones, para de esta forma proveerse de la protección necesaria durante el trabajo. Los ciervos emigran hacia el mar cuando los líquenes, en el interior del continente, se secan. Los búfalos cruzan inmensos continentes para ir a buscar alimentos abundantes. Y las colonias de castores, cuando se hacen muy numerosas en la orilla de un río, se dividen en dos grupos y se van: los viejos, río abajo, y los jóvenes, río arriba. Así evitan la rivalidad. Y cuando los animales no pueden entregarse al sueño invernal ni emigrar ni hacer provisiones de alimentos ni producir sus propios alimentos como hacen las hormigas, entonces hacen como los paros que tan bellamente ha descrito Wallace (Darwinism, cap. V): recurren a nueva clase de alimentos, y así, una vez más, evitan la competencia». (Kropotkin, «Apoyo Mutuo»).

Con respecto al apoyo mutuo entre los hombres, Kropotkin cita un párrafo interesantísimo de Darwin. «Darwin tenía razón —dice— cuando vió en las cualidades sociales del hombre el factor principal de su evolución, y los divulgadores de Darwin están completamente equivocados cuando mantienen lo contrario».

«Las escasas fuerzas y velocidad del hombre (escribe), la necesidad suya de armas naturales, etc., están más que equilibradas, primero, por sus facultades intelectuales (las cuales, señala más adelante) han sido alcanzadas principal o exclusivamente para beneficio de la comunidad; y segundo, por sus «cualidades sociales», las cuales le conducen a prestar y recibir ayuda a sus semejantes». (Descent of Man).

Las investigaciones modernas no han hecho más que confirmar el cúmulo de pruebas que reunió Kropotkin en su «Apoyo Mutuo». La sociabilidad tiene un origen pre-humano, y el apoyo mutuo yace en las raíces de todas las instituciones sociales.

«La sociabilidad y necesidad de apoyo y protec-

ción mutuos son partes tan naturales e íntimas de la naturaleza humana que en tiempo alguno de la Historia podemos encontrar a los hombres viviendo en pequeñas familias aisladas, batiéndose mutuamente por los medios de subsistencia. Al contrario, las investigaciones modernas... prueban que en los principios de su prehistórica vida los hombres acostumbraban a aglomerarse en «gentes», clanes o tribus, mantenidos por las ideas de descendencia común y por la veneración de comunes ascendientes. Por miles de años esta organización ha tenido reunidos a los hombres, aun sin la existencia de una autoridad para imponer tal reunión».

Sin embargo, estas pruebas sobre la universalidad de la tendencia del apoyo mutuo es tácitamente pasada por alto por los adversarios del Anarquismo, tanto capitalistas, fascistas o socialistas. Citemos nuevamente al propio Kropotkin:

«...aunque entre diferentes clases de animales, diferentes especies e incluso entre diferentes tribus de la misma especie existe cierta lucha, la regla es la paz y el apoyo mutuo dentro de la misma especie; y aquellas especies que saben combinarse mejor para evitar la competencia, tienen las mayores probabilidades de supervivencia y desarrollo progresivo. Ellas prosperan mientras que las especies insociables decaen.

«Es evidente que sería completamente contrario a todo lo que conocemos sobre la naturaleza el que los hombres fueran una excepción en una regla tan general; es decir, si una criatura tan indefensa como era el hombre en sus orígenes, no hubiera encontrado su protección y su medio de progreso en la protección mutua, como todos los demás animales, y hubiese sido un hecho la temeraria rivalidad por ventajas personales, sin preocupación por los intereses de la especie. Para una mente hecha a la idea de la unidad de la naturaleza, tal proposición se le hace completamente indefendible. Y sin embargo, tan incierta y antifilosófica como es, nunca se ha visto desprovista de partidarios. Siempre hubo escritores con un concepto pesimista del género humano. Ellos lo sabían, más o menos superficialmente, por medio de su propia experiencia limitada; sabían de historia lo que los analistas o cronistas, siempre pendientes de las guerras, crueldades y opresiones, dijeron de ello y un poquito más; y acababan diciendo que el género humano no es más que una inconsistente masa de seres, siempre dispuestos a batirse los unos con los otros y que sólo la intervención de la autoridad evitaría esto.»

No es de extrañar que tales puntos de vista fueran mantenidos por los capitalistas y sus partidarios. Para justificar el apoyo a un orden social y económico basado en la competencia, fué necesario darle competencia (como hizo la escuela manchesteriana del «laissez faire»), al estado de una virtud positiva que contribuye al «progreso». La aceptación del principio de apoyo mutuo lleva aparejado el repudio de la sociedad capitalista y viceversa.

Pero los socialistas también hacen caso omiso de las deducciones del apoyo mutuo. Wells, por ejemplo, justifica el gobierno y el Estado con sus observaciones —ya citadas— de que «antes de que las formas sociales puedan desarrollarse ha de imponerse una cierta restricción sobre el egoísmo primitivo del individuo». Wells tal vez no sea un apologeta socialista muy aceptable, pero sus opiniones sobre este particular no difieren mucho de las de

otros socialistas, especialmente de los partidarios de Marx. Al defender sus concepciones del Estado contra los ataques de la crítica anarquista, éstos declaran que son necesarios el poder y la autoridad para darle fuerza a ese Estado, a fin de proteger la sociedad de las inclinaciones antisociales del individuo. Y agregan que «donde existe una división del trabajo es necesaria la autoridad; de otra forma cada uno haría lo que le viniese en gana». La suposición que sigue a estos argumentos es que «hacer lo que a uno le viene en gana» es una necesidad antisocial, y que la conducta social debe ser impuesta sobre los hombres por una autoridad extraña a ellos mismos, es decir, por el Estado. Tal premisa hace necesaria lógicamente la erección de una autoridad central coercitiva.

Pero creer que el «hacer lo que a uno le viene en gana» es necesariamente dedicarse a la acción antisocial, es hacer caso omiso de todas las pruebas en que está basada la concepción del apoyo mutuo, y negar su universalidad en la sociedad humana y entre las sociedades de los animales. En efecto, tal suposición destruye todas las bases del socialismo mismo. Si son necesarias la restricción y la autoridad, ¿cómo explicaremos que en las sociedades primitivas hoy existentes, sin necesidad de recurrir al gobierno o a la autoridad, «la libertad y no el libertinaje es allí el principio del grupo y la característica del individuo»? ¿Cómo explicar que «sólo la tradición y opinión públicas son las solas y suficientes sanciones de conducta» en estas sociedades? La historia de la sociedad de clase y gubernamental tiene cuanto más, 7.000 años de existencia; mientras que las primitivas sociedades comunistas han existido desde que el hombre apareció sobre la tierra, haciendo una estimación muy corta, hace 70.000 años. El principio social del apoyo mutuo ha existido en las sociedades animales desde un período mucho mayor. Como Kropotkin y los recientes investigadores han señalado, los hombres, con sus débiles recursos físicos, no hubieran nunca sobrevivido en la lucha por la existencia si no hubiese sido por el uso de ese apoyo y protección mutuos. No obstante, este principio social, que es inherente en el hombre y ha sido el factor principal de su evolución y supervivencia, es pasado por alto e incluso desmentido friamente por la teoría socialista.

Algunas veces se oye decir a los socialistas que la defensa del «Estado transitorio» (después de haber derrocado al capitalismo) se basa en que habrá que «guardarse por años e incluso por siglos de las tendencias capitalistas». Pero esto representa una aceptación sin reservas de la teoría de Lamarck de que las características adquiridas son heredadas, una opinión que en su forma general fué completamente desautorizada por la obra de Darwin. Como en el caso de Malthus, una teoría arrumbada por la ciencia es mantenida a flote aquí para salvar la ideología política. ¡Esta vez por los socialistas!

Imitando a los capitalistas y a sus teorías económicas de la necesidad por la competencia, los socialistas hacen caso omiso del «Apoyo Mutuo» porque ello destruye las premisas en que se basan sus teorías sobre la necesidad de la autoridad y del gobierno. Esta gente se conforma con construir sus propias teorías —especialmente las políticas— en la confortable atmósfera intelectual del estudio o en la Sala de Lecturas del Museo Británico.

Kropotkin, al contrario, era ante todo un observador de lo que realmente ocurre en la vida; un

realista que nunca dejó que sus teorías perdieran el contacto con los hechos de la vida humana. Sus estudios sobre la vida animal demuestran claramente que el instinto social tiene un origen prehumano. En cuanto al requerimiento de una autoridad coercitiva para forzarles a obrar para el bien común, los hombres se conducen en tal sentido social porque es natural en ellos obrar así, porque la sociabilidad es un instinto que ellos han heredado de sus más remotos ascendientes. Es preciso hacer remarcar una vez más que sin su inherente tendencia hacia el apoyo mutuo ellos no hubiesen podido sobrevivir en la lucha evolutiva por la existencia, y menos aun desarrollar las artes e instituciones sociales que les hacen distinguirse de los demás animales.

En algunos capítulos de su «Apoyo Mutuo», Kropotkin señala cómo la protección mutua no solamente era el rasgo dominante de las sociedades animales y en las comunidades primitivas humanas, sino también de las grandes y progresivas ciudades comunales de la Edad Media. La autoridad central, concentrada en el Estado Nacional, es sólo un producto de los tres o cuatro siglos últimos de nuestra época (aunque similares instituciones han existido anteriormente en otras eras también). Aun así, el principio de apoyo mutuo subsiste como fuerza motriz en todas las instituciones vitales de la sociedad a pesar de todos los ataques del Estado sobre la iniciativa local. Pese a los despiadados intentos del gobierno para hacer desaparecer la asociación y protección mutuas entre los trabajadores, nunca podrá aquél hacerlas desaparecer completamente, ya que éstas proveen el nexo que mantiene la sociedad y le dan el grado de cohesión necesaria.

«En una palabra, ni el poder aplastante del Estado centralizado ni la enseñanza del odio mutuo y lucha despiadada, adornada con los atributos de la ciencia por filósofos y sociólogos serviles, podía destrozarse los sentimientos de solidaridad humana, arraigados profundamente en la conciencia y en el corazón de los hombres, ya que habían sido la substancia de toda nuestra precedente evolución».

Los socialistas, por tanto, que quieren implantar una autoridad para forzar a los hombres a ser sociables, desechan los hechos históricos que demuestran que los hombres no pueden eludir su sociabilidad. La autoridad que aquéllos desean implantar a la sombra del Estado socialista puede actuar solamente como una fuerza perturbadora y antiosocial. El gobierno y la autoridad sólo pueden funcionar sobre el eterno principio de «divide y vencerás»; nunca puede actuar como una fuerza cohesiva. Tampoco es necesaria la imposición de tal fuerza exterior para obligar a los hombres a conducirse de acuerdo con su naturaleza, es decir, en forma social. La autoridad impide simplemente que el hombre manifieste libremente la expresión de sus tendencias sociales íntimas.

LA LUCHA PARA CONSEGUIR

LA LIBERTAD

La revolución social, que traerá una armoniosa y culta vida social para los hombres, es considera-

da como una lucha que destruirá toda forma de autoridad coercitiva, y dará a los hombres libertad para que puedan desarrollar sus tendencias sociales innatas. En toda revolución los obreros y campesinos han derribado a sus opresores y se han impuesto inmediatamente la tarea de organizar su vida sobre bases de libre y mutuo acuerdo. La necesidad de una autoridad para «restringir el primitivo egoísmo del individuo» es simplemente un principio ilusorio y un producto de la ideología capitalista.

Las instituciones implantadas por los obreros y campesinos españoles en 1936 fueron libres colectividades no impuestas por autoridad alguna, sino construidas por la libre cooperación de los trabajadores mismos, después de haber derrocado el poder coercitivo del Estado. Pero cuando la contrarrevolución introducida por los socialistas y «comunistas» estableció el poder del Estado, una vez más, inmediatamente, se puso en práctica la obra de destruir estas instituciones libres de los trabajadores, y en consecuencia fué demolida la columna vertebral de la lucha contra la tiranía fascista.

Por tanto, el estudio de las sociedades primitivas en las que no existe gobierno alguno y el de las efímeras sociedades revolucionarias de nuestros días, confirma las enseñanzas de Kropotkin, profundamente realistas, al mismo tiempo que condenan todas las formas de autoridad por carecer de bases naturales y ser absolutamente reaccionarias en sus efectos. La lucha por la libertad es la lucha contra el gobierno con objeto de dar libre desarrollo a la naturaleza del hombre. Los anarquistas están dispuestos a vivir sin autoridad de ninguna clase porque el estudio de los hombres y de la vida demuestra que los hombres no necesitan tal sujeción. Como decía Kropotkin, «no nos da miedo decir «haced lo que queráis; obrad como queráis», porque estamos persuadidos de que la gran mayoría del género humano, de acuerdo con el grado de civilización y perfección con que se libere a sí misma de los yugos existentes, se conducirá y actuará siempre en un sentido de provecho para la sociedad. Estamos también convencidos de antemano de que cualquier recién nacido andará un día sobre sus dos pies y no sobre pies y manos, simplemente porque ha nacido de padres pertenecientes al «genus homo». (Kropotkin, «La Moral Anarquista»).

El principio del apoyo mutuo que se observa a través de la naturaleza y en todas las sociedades humanas, es pasado por alto por todos los teóricos autoritarios, ya sean capitalistas, fascistas o socialistas; pero éste es fundamental para el anarquismo. El gran valor del libro de Kropotkin consiste en que la libertad de acción, por este principio, es el requisito esencial para la felicidad humana y para el progreso. Demostró Kropotkin que el anarquismo es el método más práctico y realista de todos, porque corre paralelo con las tendencias desarrolladas a través de toda la historia del género humano y tiene sus raíces en la misma naturaleza. Ilusorio y utópico es el sistema que trata de llevar a cabo la revolución social por medio de la autoridad coercitiva.

John HEWETSON

(Trad. de J. Ruiz).

LOS COMEDORES DE CARNE HUMANA



EN 1917 fuimos deportados de Sevilla varios compañeros, medida contraproducente que iba a llevar por los pueblos la buena semilla anarquista. Como todos iban desfilando para sus respectivos lugares y yo me quedaba solo, pregunté a un coronel de la guardia civil, allí presente, si se me habían echado al olvido. «No lo crea usted—me contestó muy serio—es que le están buscando el peor sitio».

Y en efecto, fui deportado al pueblo de Fuenlabrada de los Montes, distrito de Herrera del Duque, lugar que ponía los pelos de punta a los mismos leguleyos de Badajoz, por las inmundicias que allí se cometían, a lo que ellos no habían llegado todavía. ¡Y cuidado que eran inmorales!

Después de un largo viaje a pie por la provincia de Badajoz, que me pareció interminable, de cárcel en cárcel, y escoltado por la guardia civil, me internaron por los andurriales de la llamada Siberia Extremeña por los viajeros de comercio, y tropezando y cayendo llegué una mañana del mes de marzo al sitio de mi confinamiento, un pueblecito situado en la vertiente de los montes de Toledo.

Los que deseaban visitar voluntariamente la Siberia Extremeña para asuntos de negocios, bajaban del tren en la estación de Cabeza de Buey, subían en una caballería, atravesaban una larga parte de la Serena, llanura de pastos, y después de una hora de trote por una vereda de cabras, torcían hacia el monte y llegaban al pueblo de la Zarza, donde comenzaba un terreno en extremo escabroso.

A media hora de camino, siempre a caballo, se encontraba el pueblo de Peñalsordo, fundado hacía tres siglos, por un pastor llamado Peña, que estaba sordo. El pueblo aquel, de unos 3.000 habitantes, estaba enclavado en un terreno muy desnivelado, no habiendo una calle derecha, subiendo unas y bajando otras, y en lo alto de la más empinada se encontraba una pequeña iglesia ruinosa, terror de curas y sacristanes, por lo penoso de la subida. Si Roma está construida sobre siete colinas, Peñalsordo lo está sobre 70 peñas, y me quedo corto. El pastor Peña fundó su villa en lo que era un lugar de delicias para las cabras por los saltos que daban. Luego siguieron saltando los hombres, aunque de mala gana.

Los espíritus curiosos, aficionados a antigüedades, tenían poco o nada que aprender en el lugar que nos ocupa, pero si marchaban unos 30 minutos, hacia el oriente, por un camino pedregoso, llegaban al villorrio

medieval de Capilla, donde podían encontrar alguna cosa sustanciosa. En el pueblo había una antigua iglesia católica que antes fué sinagoga en la que reposaban los restos mortales de algunas notabilidades de su época. Recuerdo haber leído un libreto donde se hacía historia de los varones ilustres de Capilla. Al pie del pueblo, en una colina, se encontraba en ruinas lo que fué un bonito castillo, casi un juguete, donde habitaron los Condes de Capilla, señores feudales de aquel territorio.

Entre Peñalsordo y Capilla hay un peñón gigantesco en lo alto de un cerro, llamado por su forma el Peñón del Pez. Los romanos lo cortaron a pico para dar paso a sus legiones. En algunos trechos, sobre las más altas crestas, se descubren los rastros de un camino, en varios sitios protegido por grandes bloques de piedras. Sin duda, era una vía abierta por los conquistadores, desde Mérida a las minas de Almadén, que ya se trabajaban en aquella época. Para luchar con ventaja contra las tribus bravías que defendían su suelo, los invasores, como las águilas, viajaban por las alturas.

A un kilómetro al norte de Peñalsordo, pasaba un arroyo, que parecía un río en los temporales de lluvias, y que se atravesaba por un puente romano en ruinas. Después, hasta la provincia de Toledo al norte, la de Ciudad Real al este, y la de Cáceres al oeste, no había un rastro de carretera ni de puente, si no veredas de cabras. Como hemos dicho, los viajeros de comercio que por allí se aventuraban le pusieron el oportuno nombre de Siberia Extremeña. Aquel territorio ocupaba un tercio de la provincia de Badajoz, poseía una gricultura pobre, pero la ganadería, en particular la de ovejas era muy próspera para algunos privilegiados.

Como pueblos notables de aquella extraña región podemos citar a Herrera del Duque, la cabeza judicial del partido, modelo de corrupción administrativa, que se reflejaba en el espíritu de sus habitantes. Allí hubo en otra época un convento de frailes y un cuartel de carabineros, que unidos al poder judicial, formaron una mezcla infernal. Mientras todos los pueblos de la región se levantaban como un solo hombre contra la explotación y la tiranía, allí no pude tener más que dos adeptos: el sargento de la guardia civil y un cobrador de contribuciones que, después de todo, siguieron fieles hasta el último momento. Allí residió algún tiempo, como notario, Eugenio Sellés, y escribió su más célebre drama «El Nudo Gordiano», en el que plantea el problema del adulterio y del divorcio. Cada vez que iba a aquel pueblo visitaba a los familiares de Sellés y me recordaban su vida como periodista, poli-

tico y académico de la Española, destacándose en particular por sus composiciones dramáticas.

Otro pueblo notable era la Puebla de Alcócer, situada al pie de un castillo ruinoso desde donde se dominaba toda la comarca. Allí se vivía en plena Edad Media, por los edificios que se conservaban. Desde el más antiguo de todos dirigió la palabra al pueblo llamándolo a la revolución, al día siguiente de la proclamación de la segunda República.

En los confines de la provincia, en plenos montes de Toledo, se encontraban las antiguas aldeas de Bonald y Elechosa, que inspiraron un gracioso romance festivo al poeta militar Gerardo Lobo, allá por el siglo XVIII.

Contrastando con el pueblo envilecido de Herrera del Duque, se encontraba a poca distancia el pueblo de campesinos de Castilblanco de los Montes, que conservaban la entereza de su raza, y que por su proeza puede figurar en la historia al lado de Fuenteovejuna y de Zalamea. Atropellados por la guardia civil, que obedecía a las órdenes del cacique, el pueblo de Castilblanco, como un solo hombre, luchó en la calle y aniquiló a aquellos mercenarios, no salvándose uno. La emoción fué tan grande en las clases adineradas, que no pueden vivir sin guardias civiles, que el mismo general Sanjurjo, director del Cuerpo, tuvo que ir a Castilblanco para calmar los ánimos. Por cierto que ocurrió un caso extraño que voy a referir. Todo el elemento reaccionario acudió a Castilblanco a la llegada de Sanjurjo, creyendo que había llegado el momento de mi perdición. A voz en grito me señalaron como el único responsable de aquella tragedia y exigieron un castigo ejemplar. Pero Sanjurjo se encogió de hombros y les contestó secamente: «Es cierto que Pedro Vallina domina espiritualmente esta región, pero hay que confesar que se debe a su conducta ejemplar, que no ha encontrado imitadores». Y dió el asunto por terminado, negándose a ordenar mi detención y procesamiento por el fuero militar, como querían los otros.

Hecha esta reseña de la Siberia Extremeña, voy a entrar en el tema objeto de este estudio. Desde el primer momento de mi llegada pude observar que muchas personas llevaban una cicatriz grande en el rostro, del tamaño de una pieza de cinco pesetas, como si los hubieran marcado para distinguirlos de los otros. En Fuenlabrada el número de los marcados estaba en aumento. Llevado por la curiosidad, pregunté a qué obedecía aquello, y me contestaron que las personas marcadas habían padecido el carbunco, y que salvaron sus vidas gracias a las quemaduras que les hicieron con potasa cáustica, cuyas huellas llevaban en el rostro.

Entonces estudié detenidamente aquella enfermedad, que allí tenía un carácter social y las causas que la producía. Cuando me di cuenta de todo, luché con todas mis energías para extirparla, lo que conseguí casi por completo, después de una lucha empeñada, como se verá en el curso de este relato.

* *

El carbunco es una enfermedad infecciosa aguda causada por el bacillus anthracis que suele contraerse por contacto con los animales infestados o con

productos de los mismos. Se trata sobre todo de una enfermedad de los herbívoros, en particular del ganado vacuno y ovino. Los perros y otros carnívoros lo padecen poco. El hombre es más resistente que los herbívoros y más sensible que el perro. Posee un grado intermedio de susceptibilidad entre los herbívoros y los carnívoros.

El carbunco es una antigua enfermedad que ha constituido durante siglos un azote en los países ricos en ganado vacuno y ovino. Se encuentra poco en Inglaterra y América, pero se dan muchos casos en Alemania, Austria, Hungría, Francia, España, y los países orientales. Puede decirse que ninguna región del globo está libre por completo del carbunco. En la Gran Bretaña, durante el año 1914, murieron a consecuencia del carbunco 795 cabezas. Parece que ha atacado con intensidad en la Siberia rusa, donde se le conoce con la denominación de plaga y peste siberiana. También en Francia se desarrolló entre las ovejas, en cierta ocasión, una epidemia de carbunco de tal intensidad, que llegó a temerse por esta clase de ganado en aquel país, motivo de los célebres trabajos científicos de Davaine y Pasteur. Durante la guerra española, a pesar de los millares de enfermos militares y civiles que asistí, no encontré más que un solo caso de carbunco, en una jovencita que vivía en el pueblo de Pajaroncillo, a pocos kilómetros de Cañete, en la provincia de Cuenca. Por cierto que cometieron un error de diagnóstico los primeros médicos militares que la asistieron.

La historia del bacillus anthracis está estrechamente unida a la historia de la Bacteriología. Este bacilo es tan grande que fué visto en preparaciones de sangre sin tñir por Davaine y Rayer en 1859 y por Pollander en 1885. En 1857, Brauell logró infectar animales con sangre que contenía los bacilos del carbunco. Los trabajos clásicos de Koch, en 1879, fueron favorecidos por el tamaño del microorganismo y su fácil desarrollo; el sabio alemán cultivó el bacilo en el humor acuoso del ojo de buey, describió su ciclo de vida y reprodujo la enfermedad en los animales. Por último, Pasteur y sus colaboradores (1881) atenuaron los bacilos, cultivándolos a una temperatura de 42° a 43 c., cambiando así el virus en una vacuna y dando la primera prueba de aplicación práctica de la inmunización activa contra una enfermedad.

El bacillus anthracis penetra igualmente por la vía digestiva, respiratoria y por la piel. El hombre se inocula por una lesión cutánea, por lo que se encuentra con más frecuencia en los carniceros, veterinarios, curtidores, etc., pero los bacilos, por las esporas, pueden ser también inhalados o ingeridos. Hay casos en que la fuente de infección es difícil de descubrir, como en el caso mortal de un obrero de la industria de teclas de piano que adquirió el carbunco por contacto con colmillos de elefante. Durante la primera guerra mundial y después de ella, la infección de la piel por bacilos del carbunco, adquirida de los cepillos de uña, fué reconocida tanto en Inglaterra como en América. Aunque los autores nos dicen que la infección ocurre con mayor frecuencia en manos y antebrazos, los centenares de casos que he asistido en la Siberia extremeña se presentaban por lo general en la cara y en el brazo.

Después de la muerte de los animales infestados las bacterias pasan por una fase de resistencia y forman las esporas. De los cadáveres enterrados de los animales carbuncosos se desprenden esas esporas, que los gusanos sacan a la superficie de la tierra, contaminando los pastos que después comen los animales. Esos campos contaminados son los llamados «campos malditos».

Las esporas son ovales, se desarrollan en la parte media del bacilo y no son más anchas que el cuerpo

del microorganismo. Debido a su propiedad de formar esporas, el bacilo del carbunco es extremadamente resistente a cambios del ambiente químico y físico. Las formas vegetativas no son más resistentes que la mayor parte de las otras bacterias no esporuladas: la destruye una temperatura de 54° C. en treinta minutos. Las esporas del bacillus anthracis se pueden conservar en estado de desecación durante muchos años sin pérdida de su viabilidad. Mientras hay variaciones en la resistencia de las esporas de diferentes cepas de bacilos de la pústula maligna, todos los bacilos carbuncosos presentan una resistencia extremadamente alta para el calor. El calor seco a 140° C. requiere tres horas para destruirlas. El vapor fluente a 100° C. las mata en 5 a 10 minutos. La ebullición la destruye en 10 minutos. La destrucción de las esporas del carbunco en pieles, cueros y cepillos resulta muy difícil. Parece que el mejor método para los cepillos es la inmersión durante cuatro horas en solución de formol al 10 % a 43,50° C. Los cabellos y cerdas se pueden esterilizar al autoclave a 122° C. durante tres horas, pero esto estropea mucho material. El sublimado corrosivo al 1 por 2.000 mata la mayor parte de las cepas en 40 minutos. La luz solar directa destruye las esporas en 6 a 12 horas.

La lesión primaria llamada con frecuencia «pústula maligna» aparece de 12 a 24 horas después de la inoculación y al principio semeja un pequeño forúnculo ordinario. El comienzo consiste en una pequeña mancha análoga a la picadura de una pulga o por una pápula pruriginosa. Algunas horas después se forma una vesícula, llena de una serosidad amarilla rojiza, que se rompe bien pronto dejando en su lugar una escara negra. Esta reposa sobre una base endurecida, rodeada de un rodete edematoso, en el que se superponen unas pequeñas vesículas en forma de aureola. La inflamación adquiere caracteres monstruosos y se extiende en párpados y cuello. A los cuatro o cinco días se presentan los fenómenos generales; fiebre a 40° C., vómitos, constipación o diarrea fétida, sudores, ansiedad, pulso pequeño y rápido. Los enfermos mueren rápidamente por un síncope o bien la agonía se prolonga con pérdida de conocimiento. La forma gastro-intestinal es en la que predominan los vómitos, diarrea sanguinolenta y dolores abdominales. En la forma pulmonar aparecen todos los grados de lesiones bronco-pulmonares, como la bronquitis, broconeumonía, congestión pulmonar, edema del pulmón y pleuresia. La forma que se localiza a los centros nerviosos determina contracturas, convulsiones y un estado tifoideo con trastornos de la inteligencia o bien un síndrome meningítico o una parálisis ascendente aguda.

* *

Con el mayor interés me puse a estudiar el problema del carbunco, enseguida que llegué a la Siberia Extremeña. Lo primero que observé fué que los atacados no eran solo los ganaderos, carniceros y curtidores, que por su trabajo estaban más expuestos a la infección, sino que se encontraban entre ellos individuos de todas las edades, sexo y condición social.

A los pocos días de llegar fui una noche invitado por unos individuos de acomodada condición social a una opípara cena que celebraban con motivo de una festividad. Al enterarme de la naturaleza del banquete rehusé con asco la invitación y así se lo manifesté, advirtiéndoles además el peligro que corrían: iban a comerse un cerdo que había muerto aquella mañana y no sé sabía de qué enfermedad. Me contestaron que allí era costumbre comerse todos los animales que morían, bien guisándolos o en tasa-

jos, salando la carne y dejándola secar. Esto me puso sobre la pista de la causa que motivaba la difusión del carbunco, que pronto reconocí con la mayor claridad.

Los cadáveres de los animales carbuncosos eran muy numerosos, pero allí no se enterraba a ninguno y, por lo tanto, los gusanos no podían sacar las esporas a la superficie de la tierra y contaminar los pastos. Los animales muertos eran comidos en forma de tasajos, o de carne fresca por las familias pobres y acomodadas, éstas víctimas de una enfermedad incurable: la avaricia. Los ricos ignorantes comían también la carne de los animales muertos, pero los que tenían alguna educación no la comían, aunque se la hacían comer a sus criados en forma de tasajos. Uno de éstos era el cura del pueblo de Siruela que negociaba con almas y animales. Aquellos seres eran necrófagos o sea comedores de animales muertos, no sólo del ganado lanar, sino también de los cerdos y aves de corral, muertos por otras enfermedades. Y el mal estaba tan extendido que en los primeros días de mi llegada conté en el mercado del pueblo de Siruela nada menos que 16 mesitas con carne de animales muertos, puesta a la venta pública. En aquel pueblo había una familia de labradores ricos, enfermos del cuerpo y del espíritu, que constituían una verdadera monstruosidad. Tenían en su casa una enorme tinaja llena de aceite en la que tiraban desollados y fritos todos los animales que se les morían. Después se los iban comiendo poco a poco y se los hacían comer a sus criados.

Como la primera lesión era indolora y a lo más producía un ligero picor, pocos eran los que acudían en los primeros momentos, y cuando se me presentaban, su estado era de gravedad. Pero los más prevenidos, acudían pronto y se salvaban, excepto, en las formas digestivas, respiratorias y nerviosas, que por lo general ocasionaban la muerte. ¡Cuántos infelices murieron en mis brazos, hombres en plena juventud, desgraciadas mujeres y niños de corta edad! Habían casos que podían explicarse por una erosión local, por la ingestión de la carne de animales muertos o por la respiración de las esporas; pero muchas veces había que sospechar que las moscas servían de vehículo, como era la creencia popular.

Mi obsesión contra el mal llegó a tal extremo que mis gritos ensordecían todos los oídos. A las autoridades las acusaba de complicidad, a los ricos de avaros, y a los pobres de cobardes, porque en vez de comer las carnes sanas a las que tenían derecho, sólo se alimentaban de las carnes putrefactas que les arrojaban sus amos, al mismo tiempo que a los perros. La venta, en consecuencia, fué prohibida y las carnes muertas retiradas del mercado público; pero pronto burlaron mis buenas intenciones valiéndose de una treta. Se colocaba una mesita en las puertas de las casas y esa era la señal de que la mercancía estaba adentro. Pronto me convencí que no era sólo la miseria y la avaricia las que empujaban a las gentes a devorar aquellos despojos, sino que había una perversión en el gusto, que las arrastraban a comer de aquellas carnes que llevaban los gérmenes de la muerte. En una ocasión tiraron una vaca muerta del carbunco al pozo de una mina, cercano del pueblo de Carbayuela, pero unos mozos bajaron al abismo, sacaron la vaca y la devoraron como chacales, sirviéndose más tarde de la piel para hacer unos tambores en el carnaval. Tres jóvenes resultaron contaminados, muriendo dos y salvándose uno que vino a buscarme a tiempo.

Encontrándome impotente para remediar el mal y no queriendo exponer por más tiempo a mis familiares a la terrible enfermedad, y sabiendo cómo allí era estimado, les puse como ultimátum que me

marcharía del pueblo en el momento que se presentara un nuevo caso del carbunco. Al poco tiempo, en un solo día, se me presentaron siete casos de la enfermedad, y un niño que había vendido la carne carbuncosa, hijo de un labrador acomodado, presentaba el sitio de inoculación dentro de la cavidad nasal, donde sin duda alguna se había introducido un dedo impregnado en el jugo de la carne. Al día siguiente me marché a Sevilla. Cuando atravesaba a caballo un desfiladero en busca de la estación de ferrocarril, encontré a un anciano campesino que caminaba penosamente llevando sobre las espaldas un haz de leña. Al verme, tiró la carga, extendió los brazos suplicante y me dijo con voz apagada: «No se vaya usted, buen hombre».

Aquello me conmovió profundamente y le contesté: «Volveré en breve y lucharemos por una vida mejor.»

* *

Al proclamarse la dictadura de Primo de Rivera, fui encarcelado seis meses en la prisión de Sevilla, y después desterrado a la zona francesa de Marruecos, con la intención de hacerme asesinar por el camino, cosa que no consiguieron por la intervención de algunos amigos que trabajaban en la clandestinidad. En Marruecos no pude permanecer más de tres meses porque fui expulsado a petición del gobierno español. Pasé a Portugal donde permanecí medio año. Los trabajos que allí se hicieron para ayudar a un levantamiento revolucionario en España no dieron resultado alguno, y al final tuve que refugiarme en casa de unos amigos, puesto que la policía seguía mis pasos con insistencia.

Entonces pude comprender que la causa de la Revolución portuguesa iba en descenso, para dar paso a los reaccionarios, como luego ocurrió en España. En ambos países la causa de la libertad se perdió por la incapacidad de los que pretendían defenderla.

En aquellas circunstancias recibí un día una carta firmada por varios amigos de la Siberia Extremeña invitándome a volver sin temor a España, pues ellos habían conseguido que podría hacerlo a condición de residir en el lugar de mi antiguo destierro extremeño. Pensando que en aquella región podría contar con grandes contingentes de campesinos para secundar un movimiento revolucionario dirigido contra la monarquía, como así sucedió más tarde, tomé sin vacilar el tren para Badajoz, como siempre cargado de libros que había comprado en Lisboa.

Al llegar a Badajoz fui apresado por la guardia civil que me retuvo un largo rato en la estación esperando órdenes. A poco se presentaron dos nuevos guardias civiles que me hicieron sacar todos los libros que llevaba, tomando nota del título de cada uno, y como estaban en varios idiomas, sudaron la gota gorda para confeccionar una lista. De allí me llevaron escoltado en el tren hasta la estación de Cabeza del Buey, y después a pie hasta el pueblo de Siruela, donde me recibieron todos con los brazos abiertos.

¿Qué había ocurrido para que se me permitiera volver a un lugar tan propicio a mis prédicas?

Una comisión de personas influyentes de la Siberia Extremeña visitó en Madrid a Primo de Rivera, entablándose el diálogo siguiente:

—¿Qué os trae por aquí, estimados amigos?

—Venimos a pedirle un favor muy grande para nosotros.

—Concedido de antemano, si de mí depende.

—Desearíamos que usted permitiera la vuelta a nuestra tierra del doctor Vallina, hoy refugiado en Lisboa.

Primo de Rivera hizo un gesto de asombro y contestó:

—¿Acaso ignoráis que el doctor Vallina es un revolucionario en extremo peligroso para nosotros?

—Poco nos importan las ideas que tenga el doctor, pero sí podemos asegurarle que allí se ha conducido muy bien y lo queremos todos, ricos y pobres, y que no hay uno de nosotros que no le deba la vida de un ser querido.

—¿Tan buen médico es?

—Como no hay otro, pues es capaz de morir por él mismo para que no se mueran sus enfermos.

—Si es así puede volver con vosotros que nadie lo molestará.

* *

A mi vuelta a la Siberia Extremeña, después de dos años de ausencia, continué mi campaña contra el uso de las carnes muertas. Aquel vicio tenía unas raíces tan hondas que encontré muchas dificultades en mi campaña. Me fué más fácil convertirlos en anarquistas y ateos que arrancarles tan nefasta costumbre.

Durante la dictadura de Primo de Rivera se construyó un buen matadero en el pueblo de Siruela, como en otros de aquella región, pero se valieron de todas las artimañas para que no funcionara.

El 15 de abril de 1931, a la cabeza de una columna de mineros de Almadén, penetré por el noroeste de la provincia de Badajoz, sublevando todos los pueblos del camino e invadiendo la Siberia Extremeña, que se levantó iracunda como un solo hombre. No se trataba sólo de proclamar la República, sino de vivir el comunismo libertario. Con esos fines se constituyeron en aquellos pueblos Comités de campesinos que formaron los Ayuntamientos. De cómo fui preso por sorpresa, expulsado de aquella región, es largo de contar. Pero me aproveché de aquel despertar y de la influencia que tenía en la región, para redoblar mis esfuerzos contra el aprovechamiento de las carnes de animales muertos. Cuando creía que había logrado mis propósitos se presentó un caso aislado de carbunco que vamos a relatar por lo pintoresco que fué.

Una mujer avara hizo comer a su marido la carne carbuncosa, siendo precisamente una familia acomodada. Cuando el infeliz se sintió muy enfermo me hizo llamar de Almadén, donde entonces me encontraba. Cuando llegué a la cabecera de su lecho el paciente estaba agonizando y murió a los pocos momentos. Era un labrador de mediana edad, alto y fornido. Su muerte me produjo la más penosa impresión y convoqué a todo el pueblo para que asistiera al entierro, a fin de hacer un acto de propaganda sanitaria valiéndome de lo trágico del momento. Cuando el pueblo estaba reunido en la calle del difunto, con disgusto de todos apareció la gente de la iglesia. Entonces los jóvenes me preguntaron:

—¿Los arrojamus de aquí?

—No me parece bien—contesté—pues se trata de una familia católica, cuyas creencias hay que respetar, además que el cura es un anciano, el Padre Antonio, hijo de unos campesinos pobres, que vive entre los jornaleros y que está más cerca de nosotros que de la iglesia.

Creyeran mis apreciaciones justas y juntos participaron todos. A la cabeza de la manifestación iba la cruz parroquial y la bandera roja de la Revolución popular.

Al llegar a la puerta del Ayuntamiento, hice bajar a los que lo componían y pregunté al cura:

—¿Predica usted o predico yo, Padre Antonio?

—Predique usted—contestó—que lo hará mejor y lo escucharemos con la mayor atención.

Y prediqué. Y mis voces de dolor llenaron el espacio, voces de acusación para el Ayuntamiento, puesto por el pueblo, por su negligencia en aquel asunto, y voces de acusación para todos los reunidos por no haber puesto de su parte las energías que reclamaba un mal tan grande.

—Todos somos culpables — les dije señalando el ataúd — de la muerte de ese hombre.

Y me escucharon con la cabeza descubierta, dando muestras de verdadero pesar.

Una vez en el cementerio, el Padre Antonio bendijo la tumba del infortunado y dijo unos latines que ni él mismo entendió. Y yo cerré el acto al grito de

«Viva la revolución social» que todos entendieron y contestaron con ardor, hasta el mismo sacristán.

* *

Con el triunfo del fascismo, por la incapacidad de muchos, la restauración de la propiedad de la tierra, que se había abolido, y el fusilamiento de los mejores luchadores de la Siberia Extremeña, se apagó la luz del comunismo libertario allí encendida, y se sumergió aquella región en la más negra noche, apareciendo los comedores de los animales muertos y los aficionados a la bárbara fiesta de las corridas de toros.

¡Esperemos arma al brazo, pues no hay noche sin aurora!

Pedro VALLINA

KRONSTADT

(Conclusión)

V

ULTIMATUM BOLCHEVIQUE A KRONSTADT

Kronstadt era generoso. Ni una gota de sangre comunista fué vertida, a pesar de todas las provocaciones, del bloqueo de la ciudad y de las medidas represivas del gobierno bolchevique. Desdeñaba imitar el ejemplo comunista de venganza y llegaba hasta vigilar la población contra todo exceso de que pudieran ser objeto los miembros del partido comunista. El Comité revolucionario provisional publicó en este sentido un manifiesto a la población de Kronstadt, justamente después que el gobierno bolchevique hubo rechazado la petición de los marinos para la liberación de los rehenes detenidos en Petrogrado. La petición de Kronstadt, enviada radiotelegráficamente al Soviet de Petrogrado, y el manifiesto del Comité revolucionario fueron publicados el mismo día, 7 de marzo. Los reproducimos aquí:

«En nombre de la guarnición de Kronstadt, el Comité revolucionario de Kronstadt exige que las familias de los marinos, obreros y soldados rojos detenidas como rehenes por el Soviet de Petrogrado sean puestas en libertad en el plazo de veinticuatro horas.

«La guarnición de Kronstadt declara que los comunistas gozan de plena libertad en Kronstadt y que sus familias están absolutamente fuera de todo peligro. El ejemplo del Soviet de Petrogrado no será seguido aquí, porque consideramos esos métodos (la toma de rehenes) como los más ignominiosos y bárbaros, aunque sean provocados por la desesperación. La historia no conoce una infamia tal.

«Marino PETRICHENKO, presidente del Comité revolucionario provisional; KILCAST, secretario.»

En el manifiesto a la población de Kronstadt se dice, entre otras cosas:

«La opresión constante de las masas laboriosas por la dictadura comunista, produjo una indignación y un resentimiento completamente natural en la población. A consecuencia de este estado de cosas, algunas personas, emparentadas con los comunistas, fueron maltratadas y boicoteadas. Esto no debe suceder. Nosotros no buscamos la venganza; defendemos nuestros intereses obreros.»

Kronstadt vivía en el espíritu de su santa cruzada; tenía fe completa en la justicia de su causa y se consideraba el verdadero defensor de la revolución.

Penetrados de esta idea, los marinos no querían creer que el gobierno los atacaría con las armas en la mano. En estos hijos del sol y del mar, persistía semiconscientemente la idea de que la victoria no puede ganarse solamente con la violencia. La psicología eslava parece inducir que la justicia de su causa y la fuerza del espíritu revolucionario bastan para que esa causa triunfe. En todo caso, Kronstadt rehusó tomar la iniciativa.

El Comité revolucionario no quiso escuchar la opinión persuasiva de los peritos militares en favor de un ataque inmediato contra Oranienbaum, fortaleza de gran valor estratégico. Los soldados y los marinos de Kronstadt tenían por fin el establecimiento de los Soviets libres, y estaban dispuestos a defender sus derechos contra todo ataque, pero se negaban a convertirse en agresores.

En Petrogrado circulaban rumores persistentes de que el gobierno se preparaba a operar militarmente contra Kronstadt. Pero la población no creía en esos rumores; la cosa parecía de tal modo repugnante, que se la consideraba ridícula. Como se dijo anteriormente, el Comité de defensa (llamado oficialmente Consejo de Trabajo y de Defensa) declaró la capital en «estado extraordinario de sitio». Las reuniones, las más insignificantes aglomeraciones, fueron prohibidas. Los obreros de Petrogrado no sabían nada de lo que pasaba en Kronstadt; las únicas informaciones, procedentes de la prensa comunista, y los frecuentes boletines hablaban siempre del «general zarista Kozlovsky, que había organizado la rebelión contrarrevolucionaria en Kronstadt». La población esperaba con ansiedad la sesión convocada por el Soviet de Petrogrado y que debía decidir sobre la actitud frente a Kronstadt.

El Soviet de Petrogrado se reunió el 4 de marzo; no podían asistir a esa reunión más que los invitados, y éstos, generalmente eran los comunistas. El autor del presente trabajo—entonces en buenas relaciones con los bolcheviques y sobre todo con Zinoviev—estuvo presente en esa reunión. Como presidente del Soviet de Petrogrado, Zinoviev declaró abierta la sesión y pronunció un largo discurso sobre la situación de Kronstadt. Yo confieso que había ido a la reunión

más bien dispuesto a favor del punto de vista de Zinoviev; estaba alerta contra el menor indicio de una tentativa contrarrevolucionaria en Kronstadt. Pero el discurso de Zinoviev bastó para convencerme de que las acusaciones comunistas contra los marinos eran una pura invención sin la menor sombra de veracidad. Oí hablar a Zinoviev en varias ocasiones. Tenía el don de convencer, una vez aceptadas sus premisas, pero en esa reunión, todo su aspecto, su argumentación, su tono, sus modales, todo reflejaba la falsedad, la insinceridad de sus palabras. Me parecía patentizar la protesta de su propia conciencia. La única «pieza de convicción» presentada contra Kronstadt era la famosa resolución del 1.º de marzo, cuyas peticiones eran justas y hasta moderadas. Sólo a base de ese documento y de la denuncia vehemente y casi histérica de Kalinin contra los marinos, se decidió el paso fatal. La resolución contra Kronstadt, preparada de antemano y presentada por conducto de Yevdokimo—la mano derecha de Zinoviev—, fué aceptada por los delegados sobreexcitados a un alto grado de intolerancia y de ferocidad sanguinaria; la aceptación de esta moción tuvo efecto en pleno tumulto y en medio de las protestas de varios delegados de las fábricas de Petrogrado y del representante de los marinos. La resolución declaró a Kronstadt culpable de un motín contrarrevolucionario contra el poder soviético y exigía su rendición inmediata.

Eso era una declaración de guerra. Gran número de comunistas mismos se negaban a creer que se llegara a poner en ejecución la resolución; era monstruoso atacar con fuerza armada «el orgullo y la gloria de la revolución rusa», como había bautizado Trotzky a los marinos de Kronstadt. En círculo íntimo de amigos, gran número de comunistas sensatos amenazaban con separarse del partido si se consumaba un acto tan sanguinario.

Trotzky debía dirigir el Soviet de Petrogrado; su ausencia era interpretada por algunos como señal de que la gravedad de la situación era exagerada. No obstante, llegó a Petrogrado durante la noche, y al día siguiente, 5 de marzo, publicó su ultimátum a Kronstadt:

«El gobierno de los obreros y campesinos ha decretado que Kronstadt y los navíos en rebelión deben someterse inmediatamente a la autoridad de la república soviética. Ordeno, por consiguiente, a todos los que levantaron su mano contra la patria socialista que rindan de inmediato las armas. Los recalcitrantes deberán ser desarmados y remitidos a las autoridades soviéticas. Los comisarios y otros representantes del gobierno que se encuentren arrestados deben ser puestos en libertad inmediatamente. Sólo aquellos que se rindan incondicionalmente pueden contar con el perdón de la república soviética.

«Publico simultáneamente las órdenes de preparar la represión de la revuelta y la sumisión de los amotinados por la fuerza armada. Toda la responsabilidad de los daños que la población pacífica tenga que sufrir, recaerá enteramente sobre la cabeza de los insurrectos contrarrevolucionarios.

«Esta advertencia es definitiva.

«Trotzky, presidente del Consejo revolucionario de la República. — Kamenev, comandante en jefe.»

La situación empeoraba. Considerables fuerzas militares aflúan a Petrogrado y a sus alrededores. El ultimátum de Trotzky fué seguido de una orden que contenía la amenaza histórica: «Os abatiré como perdices». Varios anarquistas, entonces en Petrogrado, intentaron un último esfuerzo para inducir a los bolcheviques a que desistieran de atacar a Kronstadt. Consideraban de su deber, ante la revolución, el intento de ese esfuerzo, aunque desesperado, para impedir la masacre inminente de la flor revolucionaria de Rusia, los marinos y los obreros de Kronstadt. Enviaron el 5 de marzo una protesta al Comité de Defensa, indicando las intenciones pacíficas y las justas peticiones de Kronstadt, recordando a los comunistas la historia revolucionaria heroica de los marinos y proponiendo un medio de resolver el conflicto,

propio de camaradas y de revolucionarios. He aquí el documento:

«Al Consejo de Trabajo y de Defensa de Petrogrado,
»Al presidente Zinoviev.

«Guardar silencio ahora es imposible, es hasta criminal. Los acontecimientos que acaban de producirse nos obligan, como anarquistas, a hablar francamente y a declarar nuestra actitud en la situación actual.

«El espíritu de descontento y de inquietud presente entre los obreros y marinos es el resultado de causas que exigen nuestra seria atención. El frío y el hambre han engendrado el descontento, y la ausencia de la menor posibilidad de discusión y de crítica obliga a los marinos y a los obreros a declarar abiertamente sus agravios.

«Las bandas de guardias blancos quieren y podrán explotar ese descontento en beneficio de sus propios intereses de clase. Ocultándose tras los nombres de los marinos reclaman Asamblea Constituyente, el comercio libre y otras peticiones del mismo género.

«Nosotros, anarquistas, hemos expuesto desde hace mucho tiempo el fondo engañoso de esas exigencias y declaramos ante todos que lucharemos con las armas en la mano contra toda tentativa contrarrevolucionaria, en común con todos los amigos de la revolución social y al lado de los bolcheviques.

«Respecto al conflicto entre el gobierno soviético y los obreros y los marinos, somos de opinión que debería ser liquidado, no por las armas, sino por medio de un acuerdo revolucionario fraternal y con espíritu de camaradería. Recurrir a la efusión de sangre de parte del gobierno soviético, en la situación actual, ni intimidaría ni apaciguaría a los obreros; al contrario, serviría sólo para agravar la crisis y para reforzar los manejos de la Entente y de la contrarrevolución interior.

«Y lo que es aún más importante, el empleo de la fuerza por el gobierno de los obreros y los campesinos contra obreros y campesinos, tendrá un efecto reaccionario en el movimiento revolucionario internacional y resultará en todas partes un daño y un mal incalculable para la revolución social.

«¡Camaradas bolcheviques, reflexionad antes que sea demasiado tarde! No juguéis con fuego; estáis en la víspera de dar un paso decisivo.

«Os sometemos la proposición siguiente: elegir una comisión de cinco miembros, entre ellos algunos anarquistas. La comisión irá a Kronstadt para arreglar el conflicto por medios pacíficos. En la situación presente es ese el método más radical. Tendrá una importancia revolucionaria internacional.

«Alejandro Berkman, Emma Goldman, Perkus, Petrovsky.
»Petrogrado, 5 de mayo de 1921.»

Zinoviev, que había sido informado de que debía ser sometido un documento sobre Kronstadt al Consejo de Defensa, envió a buscarlo a un representante personal. Si fué o no discutida la carta por este Consejo, no lo sé. Lo cierto es que no se decidió nada al respecto.

VI

EL PRIMER TIRO

Kronstadt, heroico y generoso, soñaba con la liberación de Rusia por la tercera revolución, que estaba orgulloso de haber iniciado. Libertad y fraternidad universal eran su lema. Consideraba la tercera revolución como un desenvolvimiento gradual de la emancipación, cuyo primer paso era la acción libre de los Soviets independientes, sin el control de un partido político cualquiera y que cristalizase la volun-

tad y los intereses del pueblo. Estos marinos sinceros y cándidos proclamaban a los obreros del mundo su gran ideal, y apelaban al proletariado para que uniese sus fuerzas a las suyas en la lucha, con plena confianza de que su causa hallaría un apoyo entusiasta y de que, sobre todo y ante todo, los obreros de Petrogrado se apresurarían a ir en su ayuda.

En el intervalo, Trotzky reunía sus fuerzas. Las divisiones más fieles de todos los frentes, los regimientos de los *kursanty*, los destacamentos de la Checa y las unidades militares más exclusivamente compuestas de comunistas, se habían reunido en los fuertes de Sestroretsk, Lisy Nos, Krasnaia Gorka y en las posiciones vecinas fortificadas. Los mejores técnicos militares rusos fueron enviados al teatro de operaciones para trazar los planes del bloqueo y del ataque a Kronstadt, mientras el famoso Tujachevsky fué designado comandante en jefe durante el asedio de Kronstadt.

El 7 de marzo, a las 6'45 de la tarde, las baterías de Sestroresky y de Lisy Nos descargaron sus primeros tiros sobre Kronstadt. Era el aniversario del día de los obreros. Kronstadt, asediado y atacado, no olvidó esa gran fiesta. Bajo el fuego de numerosas baterías, los bravos marinos enviaron un radio de congratulación a los obreros del mundo, acto característico del estado de espíritu de la ciudad rebelde. He aquí el mensaje:

«Hoy es una fiesta universal, el día del obrero. Nosotros los kronstadinos enviamos—en medio del estruendo de los cañones—nuestros saludos fraternales a los trabajadores del mundo. Os deseamos que realicéis pronto vuestra emancipación de toda forma de violencia y de opresión. ¡Vivan los obreros libres revolucionarios! ¡Viva la revolución mundial!»

No menos característico fué el grito de angustia de Kronstadt—«*Que el mundo sepa*»—publicado después del primer disparo de cañón en el número 6 del «*Izvestia*» del 8 de marzo:

«Ha sonado el primer disparo. El mariscal Trotzky, manchado hasta las rodillas en la sangre de los obreros, fué el primero en disparar sobre el Kronstadt revolucionario que se levantó contra la autocracia de los comunistas para establecer el verdadero poder de los Soviets.

«Sin haber derramado una sola gota de sangre, nosotros nos hemos libertado, nosotros, soldados rojos, marinos y obreros de Kronstadt, del yugo de los comunistas y hemos conservado sus vidas. Con la amenaza de los cañones quieren subyugarnos ahora, otra vez, a su tiranía.

«No queriendo ninguna efusión de sangre, hemos pedido que fueran enviados ante nosotros delegados independientes del proletariado de Petrogrado, para ver que Kronstadt combate por el poder de los Soviets. Pero los comunistas ocultaron nuestra petición a los obreros de Petrogrado, y abrieron fuego, la respuesta ordinaria del sedicente gobierno de los obreros y campesinos a las demandas de las masas laboriosas.

«Que los obreros del mundo entero sepan que nosotros, los defensores del poder de los Soviets, velamos por las conquistas de la revolución social.

«Venceremos o pereceremos bajo las ruinas de Kronstadt, luchando por la justa causa de las masas trabajadores.

«Los obreros del mundo serán nuestros jueces. La sangre de los inocentes caerá sobre la cabeza de los comunistas fanáticos embriagados por el poder.

«¡Viva el poder de los Soviets!»

VII

LA CAIDA DE KRONSTADT

El bombardeo de Kronstadt por la artillería, comenzado la tarde del 7 de marzo, fué seguido de una tentativa de

tomar por asalto la fortaleza. El ataque se llevó desde el norte y desde el sur por la flor y nata de las tropas comunistas vestidas con lienzos blancos, cuyo color se confundía con la nieve que cubría el golfo helado de Finlandia. Estas primeras tentativas terribles para tomar la fortaleza por asalto mediante un sacrificio inconsiderado de seres humanos, fueron profundamente deploradas por los marinos en condolencias conmovedoras hacia sus hermanos de armas engañados para que considerasen a Kronstadt como contrarrevolucionario. El 8 de mayo decía «*Izvestia*» de Kronstadt:

«No queríamos verter sangre de nuestros hermanos, y rehusábamos hacer fuego a menos que se nos obligara a ello. Debíamos defender la justa causa del pueblo obrero y nos vimos forzados a disparar sobre nuestros propios hermanos enviados a la muerte segura por los comunistas, que han engordado a expensas del pueblo.

«Desgraciadamente para vosotros, se produjo un terrible torbellino de nieve y todo fué envuelto en las tinieblas de una noche negra. Los verdugos comunistas os empujaron a todo precio, sin embargo, sobre el hielo, amenazándoos desde la retaguardia con sus ametralladoras manejadas por destacamentos comunistas.

«Muchos de vosotros perecisteis esta noche en la vasta extensión helada del golfo de Finlandia. Y cuando llegó el alba y se apaciguó el huracán, sólo los restos míseros de vuestros destacamentos, agotados y hambrientos, casi incapaces de marchar, vinieron a nosotros con sus blancos sudarios.

«Se contaba un millar de vosotros hacia el alba, y en el curso del día no se os pudo contar ya. Habéis pagado a costa de vuestra sangre esta aventura, y después de vuestra derrota, Trotzky fué a Petrogrado para traer más víctimas a la masacre, ¡porque la sangre de nuestros obreros y de nuestros campesinos le cuesta poco!»

Kronstadt vivió en la fe profunda de que el proletariado de Petrogrado acudiría en su ayuda. Pero los obreros de la capital fueron aterrorizados, y Kronstadt efectivamente bloqueada y aislada, de modo que en realidad no era posible socorro de ninguna parte.

La guarnición de Kronstadt estaba compuesta de menos de 14.000 hombres, de los cuales 10.000 eran marinos. Esta guarnición tenía que defender un frente extenso y gran número de fuertes y baterías diseminados en la extensión del golfo. Los ataques continuos de los bolcheviques, que recibían sin cesar refuerzos del gobierno central; la falta de aprovisionamiento de la ciudad asediada; las largas noches de frío, todo esto aminoraba la vitalidad de Kronstadt. Y, a pesar de todo, los marinos fueron de una perseverancia heroica, confiando hasta en el último momento en que su noble ejemplo de liberación sería seguido por todo el país y les llevaría, así, ayuda y refuerzos.

En su «Manifiesto a los camaradas obreros y campesinos», el Comité revolucionario provisional declaró («*Izvestia*», número 9, marzo 11):

«Camaradas obreros: Kronstadt lucha por vosotros, por los hambrientos, por los transidos de frío, por los sin albergue. Kronstadt ha levantado la bandera de la revuelta, confiando que decenas de millones de obreros y campesinos responderán a su llamada. Es preciso que el alba que acaba de despuntar en Kronstadt se convierta en el sol brillante de toda Rusia. Es preciso que la explosión de Kronstadt reanime a Rusia entera, y en primer lugar a Petrogrado.»

Pero la ayuda no acudía, y cada día que pasaba dejaba a Kronstadt más agotado. Los bolcheviques continuaban reuniendo tropas frescas contra la fortaleza asediado y la debilitaban con ataques constantes. Los comunistas iban consiguiendo ventaja tras ventaja. Kronstadt no había sido construida para sostener un asalto desde atrás. Los bolcheviques difundieron el rumor de que los marinos querían bombardear a Petrogrado, y esto era de una falsedad transparente.

La famosa fortaleza había sido construida con el único fin de servir de defensa a Petrogrado contra los enemigos del exterior que se acercasen por mar. Además, en caso de que cayese en poder del enemigo exterior, las baterías de la costa y los fuertes de Krasnaya Gorka están combinados para una batalla contra Kronstadt. Previendo esta posibilidad, los constructores no reforzaron expresamente la parte trasera de Kronstadt.

Los bolcheviques continuaron sus ataques casi cada noche.

Toda la jornada del 10 de marzo la artillería de los comunistas bombardeó sin cesar desde las costas del sur y del norte. En la noche del 12 al 13 los comunistas atacaron por el sur, habiendo recurrido nuevamente a los blancos sudarios y sacrificando varios centenares de *kursanty*. Kronstadt se batía con encarnizamiento, a pesar de las numerosas noches en vela y de la falta de hombres y de víveres. Luchaba con un heroísmo extraordinario contra los asaltos simultáneos del norte, del este y del sur, en tanto que las baterías de Kronstadt no servían más que para defender la fortaleza por el lado occidental. Los marinos no tenían ni un rompehielos para imposibilitar la aproximación de las fuerzas comunistas.

El 16 de marzo, los bolcheviques dirigieron un ataque concentrado por tres sectores a la vez: norte, sur y este. «El plan de ataque—describió más tarde Dibenko, ex comisario bolchevique de la flota, y más tarde dictador de Kronstadt—fué elaborado en sus detalles más minuciosos, según las directivas del comandante en jefe Tujachevsky, y del estado mayor del ejército del sur. Al llegar la noche se inició el ataque a los fuertes. Los blancos sudarios y el valor de los *kursanty* nos dieron la posibilidad de avanzar en columnas.»

La mañana del 17 habían sido tomados ya varios fuertes. Por la puerta de Petrogrado, el punto más débil de Kronstadt, los bolcheviques forzaron su entrada en la ciudad; entonces comenzó la masacre brutal. Los comunistas, cuyas vidas habían sido salvadas por los marinos, los traicionaban ahora, atacándolos por la espalda. El comisario de la flota del Báltico, Kuzmin, y el presidente del Soviet de Kronstadt, Vasiliev, libertados de la prisión por los comunistas, se lanzaron al combate fratricida. La lucha desesperada de los marinos y soldados de Kronstadt continuó hasta avanzada la noche contra fuerzas de una superioridad aplastante. La ciudad, que durante quince días no había hecho mal alguno a los comunistas, estaba inundada ahora por la sangre de hombres, mujeres y niños de Kronstadt.

Nombrado comisario de Kronstadt, Dibenko fué investido con plenos poderes para «limpiar la ciudad rebelde». Siguió una orgía de venganza, y la Cheka contaba las numerosas víctimas de sus ejecuciones nocturnas en masa.

El 18 de marzo, el gobierno bolchevique y el partido comunista festejaban públicamente la Comuna de París de 1871, ahogada en la sangre de los obreros franceses por Gallifet y Thiers. Celebraron al mismo tiempo la victoria de Kronstadt.

Durante las semanas que siguieron, las prisiones de Petrogrado estuvieron repletas de centenares de prisioneros de Kronstadt. Cada noche, pequeños grupos de estos prisioneros eran sacados por orden de la Cheka y fusilados; entre ellos, Perepelkin, miembro del Comité revolucionario provisional de Kronstadt.

En las prisiones y campos de concentración de la región glacial de Arkangelsk y en los desiertos del lejano Turquestán, morían lentamente hombres de Kronstadt que se levantaron contra la burocracia bolchevique y proclamaron, en marzo de 1921, la consigna de la revolución de noviembre de 1917: «¡Todo el poder a los Soviets!»

LECCIONES Y SIGNIFICACION DE KRONSTADT

El movimiento de Kronstadt fué espontáneo, sin preparativos preliminares y pacífico. Si se transformó en un con-

flicto armado de fin trágico y sangriento, fué únicamente gracias al despotismo de la dictadura comunista.

Dándose bien cuenta del carácter general de los bolcheviques, Kronstadt, no obstante, creía en la posibilidad de una solución amistosa. Creía que el gobierno comunista entraría en razón; le prestaba un cierto espíritu de justicia y de libertad.

La experiencia de Kronstadt prueba una vez más que Gobierno o Estado—cualesquiera que sea su nombre y forma—, es siempre el enemigo mortal de la libertad y de la independencia del pueblo. El Estado no tiene ni alma ni principios. No tiene más que un objetivo: asegurarse el poder y conservarlo a todo precio. Esta es la lección política de Kronstadt.

Otra lección, una lección estratégica, nos ha sido dada por esta rebelión.

El éxito de una revuelta depende de su determinación, de su energía y de su fuerza agresiva. Los insurrectos tienen siempre la simpatía de las masas. Esta simpatía se acelera con la ola creciente de la insurrección. El apaciguamiento no debe permitirse jamás; no debe nunca debilitarse por una vuelta a la monotonía normal.

Por otro lado, toda revolución tiene en contra el aparato omnipotente del Estado. El gobierno puede concentrar fácilmente en sus manos las fuentes de aprovisionamiento y los medios de comunicación. No hay que permitir al gobierno que haga uso de sus poderes. La rebelión debe ser vigorosa, sus golpes deben ser dirigidos de improviso y resueltamente. No debe quedar localizada; ello significaría un estancamiento. Debe propagarse y desarrollarse. Una rebelión que queda localizada, que emplea la política de la espera o que se coloca a la defensiva, está inevitablemente condenada a la derrota.

Sobre todo, en esto Kronstadt repitió los errores estratégicos fatales de los comunistas de París. Estos últimos no quisieron seguir la opinión de los que proponían un ataque inmediato a Versalles, cuando el gobierno de Thiers estaba desorganizado. No extendieron la revolución a todo el país. Ni los obreros de París, en 1871, ni los marineros de Kronstadt, tenían por objeto la abolición del gobierno. Los comunistas no querían, en suma, más que ciertas libertades republicanas, y cuando el gobierno intentó desarmarlos expulsaron a los ministros de Thiers de París, establecieron sus libertades y se prepararon a defenderlas y nada más. Kronstadt exigió sólo las elecciones libres a los Soviets. Habiendo arrestado a varios comunistas, los marineros se dispusieron a defenderse contra el ataque. Kronstadt rehusó seguir la opinión de los peritos militares de apoderarse inmediatamente de Oranienbaum. Este fuerte era de la mayor importancia militar y tenía además 50.000 puds (1) de harina pertenecientes a Kronstadt. La toma de Oranienbaum era fácil, dado que los bolcheviques, sorprendidos, no tenían tiempo de enviar refuerzos. Pero los marinos rehusaron tomar la ofensiva; así se perdió el momento psicológico. Algunos días después, cuando las declaraciones y los actos del gobierno bolchevique debieron convencer a Kronstadt de que era arrastrada a una lucha a vida o muerte, era demasiado tarde para corregir el error (2). Lo mismo pasó en 1871. Cuando la lógica de la lucha a que fueron llevados demostró a los comunistas la necesidad de abolir el régimen de Thiers, no sólo en París sino en toda la extensión del país, era ya demasiado tarde. En París, como en Kronstadt, la *tendencia hacia la táctica pasiva y defensiva fué fatal*.

Kronstadt cayó. El movimiento de Kronstadt por los Soviets libres fué ahogado en sangre, en el mismo momento que el gobierno bolchevique hacía concesiones a los capitalistas europeos, firmaba la paz de Riga, gracias a la cual una población de doce millones fué arrojada a merced de Polonia y ayudaba al imperialismo turco a estrangular las repúblicas del Cáucaso.

Pero el «triunfo» de los bolcheviques en Kronstadt llevaba en sus entrañas la derrota del bolcheviquismo. Los co-

munistas mostraron que estaban dispuestos a sacrificar el comunismo, a sellar cualquier compromiso con el capitalismo internacional; y por tanto rehusaron las justas peticiones de su propio pueblo, peticiones que repetían las consignas de 1917, lanzadas por los bolcheviques mismos: Soviets elegidos por el voto directo y secreto, según la constitución de la R.S.F.S.R.; y la libertad de palabra y de prensa para los partidos revolucionarios.

El segundo congreso panruso del partido comunista se reunía en Moscú, en el momento de la rebelión de Kronstadt. En ese congreso, toda la política económica bolchevique cambió de color debido a los acontecimientos de Kronstadt y a la actitud amenazante de las masas trabajadoras de las distintas partes de Rusia y de Siberia. Los bolcheviques han preferido liquidar su política fundamental, abolir la requisita obligatoria, introducir la libertad de comercio, hacer concesiones a los capitalistas y deshacerse del comunismo—del comunismo por el cual fué proclamada la revolución de noviembre, por el cual se derramaron mares de sangre y por el cual fué llevada Rusia a la ruina y a la desesperación—, antes que permitir la elección de los Soviets libres.

¿Hay alguno, en la hora actual, que pueda dudar de las intenciones reales de los bolcheviques? ¿Han perseguido el ideal comunista o el ideal estatista?

Kronstadt es de una gran importancia histórica. Tocó la campana fúnebre del bolcheviquismo con su dictadura de partido, su centralización insensata, su terrorismo chequista y sus castas burocráticas. Desencantó al mismo tiempo a los espíritus inteligentes y honrados de Europa y de América, y los obligó a examinar las teorías y los hechos bolcheviques. Deshizo el mito bolchevique del Estado comunista «como gobierno de los obreros y campesinos». Demostró que la dictadura del partido comunista y la revolución rusa eran dos fenómenos opuestos, contradictorios, que se excluían recíprocamente. Demostró que el régimen bolchevique es una tiranía y una reacción implacables, y que el Estado comunista es la contrarrevolución más poderosa y peligrosa.

Kronstadt cayó. Pero cayó victorioso en su idealismo y su fuerza moral, en su generosidad y su humanidad superiores. Kronstadt estaba orgulloso. Estaba orgulloso con razón de no haber derramado la sangre de sus enemigos, los comunistas que se encontraban en su seno. Los marinos ineducados e incultos, toscos en sus modales y en su lenguaje, eran demasiado nobles para seguir el ejemplo bolchevique de la venganza: no fusilaron ni a los odiosos comisarios. Kronstadt encarna el espíritu generoso y clemente del alma eslava y del movimiento emancipador secular de Rusia.

Kronstadt fué la primera tentativa popular y enteramente independiente para libertarse del yugo del socialismo de Estado, una tentativa hecha directamente por el pueblo, por los obreros, soldados y marinos mismos. Era el primer paso hacia la tercera revolución, que es inevitable y que, así lo esperamos, llevará a la desdichada Rusia la libertad permanente y la paz.

(1) El pud es igual a 16'4 kilos.

(2) La negativa a apoderarse de Oranienbaum dió al gobierno la posibilidad de reforzar la fortaleza con sus regimientos fieles, de eliminar las partes «infectadas» de la guarnición y de fusilar a los jefes de la escuadra aérea que iban justamente a unirse a los rebeldes de Kronstadt. Más tarde, los bolcheviques hicieron uso de la fortaleza como de un punto ventajoso de ataque contra Kronstadt.

Entre los fusilados en Oranienbaum se encontraban: Kolosov, jefe de la división de los aviadores de la flota roja y presidente del Comité revolucionario provisional que acababa de organizarse en Oranienbaum; Blabanov, secretario de ese Comité; Romanov, Vladimirov, etc.

Alejandro BERKMAN

Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

61. «La Sedia Elettrica». Número único. Fano. Suplemento del periódico «La Frustra». Redactor: Giobbe Sanchini.

62. «L'Azione diretta». Quincenal. Roma. Órgano sindical de los anarquistas. Inicia su publicación el 15 de febrero de 1921, corriendo a cargo del «Fascio Libertario d'Azione Diretta», de Roma. Aparecen muy pocos números y en fechas salteadas. Se proponía cubrir una laguna entre la prensa anarquista, como órgano dedicado exclusivamente al movimiento obrero, y sosteniendo los puntos de vista correspondientes a una orientación anarquista. Cesó su aparición en 1922. Redactores: Spartaco Stagnetti y Angel Diotavelli.

63. «Vertice». Revista anarquista de arte. Arcole-La-Spezia.

Revista artística y de pensamiento anarquista. Aparecieron solamente dos números. Uno en diciembre de 1921 y otro a principios de 1922, bajo la dirección artística del pintor Giovanni Governato y la literaria de Renzo Novatori (Ferrari) y de Auro d'Arcole.

64. «Il Seme». Semanario de propaganda anarquista. Gracioso. Livorno. Inicia su publicación en 1920 y la continúa hasta 1922, época en que debió suspenderse a consecuencia de la detención del administrador y del secuestro de los fondos. El 20 de febrero de 1921 sufrió un proceso imputado a los redactores Faggi y Filippi. El primero como gerente y el segundo como presunto autor de un artículo firmado «Rascio» que fué publicado en el número 8 del periódico.

65. «L'Individualista». Quincenario de propaganda anarquista individualista. Milán. Inicia su publicación a fines de

febrero de 1921, apareciendo solamente cuatro números. Luego, a consecuencia del hecho del Teatro Diana, se lanza la acusación contra sus redactores como participantes en el atentado, lo que obliga a suspender la publicación. Redactores: Ugo Fedeli, Francesco Ghezzi, Pietro Bruzzi (Bruzzi).

66. «Il Bietitori». Número único. Palermo, 15 de agosto de 1920. Dos de los artículos publicados fueron incriminados por la magistratura, por lo que su redactor Paolo Schichi fué procesado por el Tribunal de Palermo el 7 de diciembre de 1921. Pero fué absuelto.

67. «La Zolfara». Número único. Palermo. Redactor: Paolo Schichi.

68. «Il Piconne». Número único. Palermo. Redactor: Paolo Schichi.

69. «La Zappa». Número único. Collesano (Palermo). Redactor: Paolo Schichi.

Todos estos números únicos de los «anarquistas sicilianos» fueron publicados a intervalos diversos durante 1920 y principios de 1921 y fueron casi enteramente redactados por Paolo Schichi. A continuación de estos números únicos, el propio Schichi iniciaba el 6 de mayo de 1921, la publicación regular de:

70. «Il Vespro Anarchico». Quincenal de los anarquistas sicilianos. Collesano (Palermo). Periódico activo y vigoroso de propaganda y de combate. Continuó su aparición ininterrumpida hasta fines de 1923. Redactor: Paolo Schichi. Colaboradores: Nino Napolitano y Hugo Treni (U. Fedeli).

71. «Il Seme». Periódico anarquista. Lentini (Siracusa). Aparece un solo número en agosto de 1921. Redactor. Martínez Francesco.

72. «Pagine Libertaire». Revista quincenal de crítica y de cultura. Milán. Inició su publicación en julio de 1921 a raíz de la reacción policiaca y de la destrucción de todas las publicaciones anarquistas por parte de los fascistas. En Milán aparecían entonces «Umanita Nova», diario; «Guerra di Classe», órgano de la U.S.I.; «L'Individualista» y «Nichilismo». El redactor de esta última, habiendo modificado sus puntos de vista generales, funda «Pagine Libertaire» y continúa hasta enero de 1923. Al ser secuestrada y destruída por los fascistas, deja de aparecer. Redactores: Carlo Molaschi. Colaboradores: Camilo Berneri, Nella Giacomelli (Ynkio-N. G.), Henry Monari (Rudel), Gigi Damiani (Ausonio Acrate), Simplicio y Luigi Fabbri.

73. «Il Pensiero». Revista. Livorno. Aparece un solo número en 1921.

74. «Il Proletariato». Quincenal. Periódico anarquista a cargo de los anarquistas de la Alta Lunigiana. Pontremoli. Aparece un número en diciembre de 1921. Redactor: Bisciani Federio.

75. «Il Demolitore». Quincenal. Milán-Savona. Comienza a publicarse el 7 de enero de 1922. Se proponía propagar la idea y la necesidad de organizar el movimiento anarquista en un partido. Era un órgano casi personal de su redactor: Trento Tagliaferri. Después de algunos meses cesó su aparición en Milán y fué trasladado a Savona, donde quedó a cargo de un grupo anarquista. Pero su publicación cesó casi inmediatamente.

76. «Il Giovane Ribelle». Órgano de la Juventud Anarquista. Finalmarina. Salieron algunos números al principio de 1922.

77. «La Gioventù Anarchica». Intra-Novara. Por la propaganda de las ideas anarquistas entre la juventud. Aparecieron un par de números en febrero de 1922.

78. «Il Seme Anárchico». Catania. Aparecen un par de números a principios de 1922 y luego se funde con:

79. «Il Piccone». Catani. Aparecen pocos números a mediados de 1922.

80. «L'Annunciatore». Órgano de los anarquistas de los Abruzzos. Giulianova. Inicia la publicación a mediados de marzo de 1922 y la continuó durante pocos números.

81. «Palingenesi». Editado a cargo de un grupo de anarquistas libres de toda capilla. Roma. Aparece un número en octubre de 1922. Redactores: Rossi, Pietro.

82. «Anarchismo». Revista mensual. Pisa. Inicia su aparición como suplemento mensual del periódico «L'Avenire Anarchico» el 15 de septiembre de 1922, logrando ver la luz cuatro números: septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1922, pero a raíz de la destrucción de la imprenta en que se hacía cesó su aparición. Redactores: Renato Souvarine (Renato Eiglich), Auro d'Arco, Hugo Treni (Ugo Fedeli).

83. «Bandiera Nera». Número único. Siracusa. Septiembre 1922. Editado por la Biblioteca Popular «Mario Rapisardi». Este número fué secuestrado.

84. «Fede». Semanario anarquista de cultura y de defensa. Roma. Comienza a publicarse a mediados de septiembre de 1923. después de la destrucción del diario «Umanita Nova». Aparece en gran formato y obtiene inmediatamente una gran difusión en Italia y en el extranjero a pesar de las dificultades que oponían los fascistas y las autoridades que lo secuestraban continuamente. Cesó su aparición en agosto de 1926 de la misma manera que fueron sometidas a hacerlo todas las publicaciones de oposición al fascismo. Su redactor, Gigi Damiani, se vió obligado a marchar al extranjero. Colaboradores: Luigi Fabbri (Adam-Idem-Ille-Catilina), Carlo Molaschi (Carlo l'Hermite), Luigi Bertoni. Interesantísimo el número especial dedicado al cincuentenario de la muerte de Bakunin.

85. «Il Conferenciero Libertario». Revista mensual. Roma. Inicia su aparición a mediados de 1922, y luego de una breve suspensión logra salir a principios de 1923 como revista de gran formato, con 16 páginas y cada vez dedicada a un problema particular que pudiera servir de base a una conferencia, siguiendo así hasta principios de 1926. Redactor: Ettore Sottovia. Colaboradores: Sante Ferrini (Folgorite), Constantino Camoglio, Nino Napolitano, etc.

86. «Solidarietà». Roma. Número único. Suplemento especial del periódico «Il Libero Accordo». Editado a cargo del Comité Nacional de Defensa en febrero de 1923.

87. «Pensiero e Volontà». Revista quincenal de estudios sociales y de cultura general. Roma. Inicia su publicación el primero de enero de 1924, bajo la dirección de Errico Malatesta. Se publicó en 24 páginas hasta el 10 de octubre de 1926, siendo casi siempre secuestrada. Es una de las mejores y más importantes publicaciones anarquistas aparecidas en Italia. Colaboraron las mejores plumas del anarquismo: Luis Fabbri, Carlo Frigerio, Carlo Molaschi, Camilo Berneri, etc. Interesantísimo su número 1 del tercer año, en el que, para romper con los continuos secuestros, va dedicado a los «Clásicos italianos», aportando páginas que eran himnos a la Libertad.

88. «La Verità». Clandestino. Sin indicación de fecha ni de lugar. Se publicó en Roma. Aparecieron solamente dos números: uno en abril y otro en junio de 1923.

89. «Rassegna Sindicale». Rivista mensile dell'Unione Sindacale Italiana. Milano. Inicia su publicación en octubre de 1924. En su segundo año, cuando la reacción fué más opresiva y fué disuelta la Unión Sindical Italiana, su subtítulo se redujo a «Rivista Minsille» (mensual). El último número lleva la fecha de junio de 1925. Apareció siempre con 24 páginas. Redactor: Aliprando Giovannetti. Colaboradores: Armando Borghi, Enrico Leone, etc.

90. «L'Amico del Popolo». Quincenario anarquista. Reggio Calabria. En la cabecera lleva la frase de Campanella: «He nacido para vencer tres males extremos: Tiranía, Sofisma, Hipocresía». Comienza a aparecer a fines de 1924,

pero aparecen nada más que tres números, siendo de inmediato suspendido por las autoridades fascistas. El último número lleva la indicación siguiente: Año 2, febrero 1925. Aparece a cuatro páginas de cinco columnas. Se ocupó especialmente acerca de los problemas campesinos del sur de Italia. Redactores: Bruno Misefari y Antonio Malara.

91. «L'A.B.C. dell'Anarchia». Periódico de propaganda elemental. Distribución gratuita. Roma. Inicia su publicación en marzo de 1925. Aparecen tres números, cuyos dos primeros son secuestrados por las autoridades. El segundo fué recogido en la propia imprenta antes de terminar su impresión. Apareció en papel rosa en pequeño formato y a tres columnas. Redactor: Spartaco Stagnetti. Responsable: Giuseppe Lucchetti.

92. «La Questione Morale». Hoja clandestina. Roma 1924. Se reúnen en esta hoja todos los documentos de acusación contra Mussolini por el asesinato de Matteotti. Publicación realizada al ser secuestrados sistemáticamente todos los grandes diarios de la oposición que habían anunciado la presentación de estos documentos. Fué editado por «Fede» y constaba de cuatro páginas.

93. «Calendimaggio». Milán. Número único, formato revista, con 24 páginas dedicada al primero de mayo de 1924. Editado por la Unión Sindical Italiana.

94. «Satana». Revista mensual racionalista y propagadora del libre pensamiento. Roma. Comienza a publicarse en agosto de 1924. Aparecieron siete números. El último llevaba la fecha de enero-febrero 1925. Redactor: Sparta-

co Provaglio. Colaboradores: Nino Napoletano, Ottorino Manni.

95. «L'Anormale». Pequeño periódico impreso a multicopista dedicado a los normales. Siracusa. Segundo año de la decadencia. Publicado a cargo del grupo anarquista «Los hijos de Etna». Aparece un solo número.

96. «L'Università Libera». Revista mensual de cultura social. Milán. Publicada por la Editorial «Sociale». Comienza a aparecer con 24 páginas en enero de 1925 y logra mantenerse hasta principios de 1926. Redactor responsable: Carlo Molaschi. Colaboradores: María Rossi, Camilo Berneri, Luigi Fabbri, etc.

97. «Parole Nostre». Hoja mensual de propaganda popular libertaria. Roma. Inicia su publicación en abril de 1925, formato pequeño, redactado por los editores y colaboradores del semanario «Fede». Cesa su publicación en 1926.

98. «Vita Libertaria». Revista mensual de política y arte. Roma. El primer número corresponde a mayo de 1925. Gran formato con 16 páginas bellamente ilustradas. Redactores: Gigi Damiani, Francesco Forcelli. Colaboradores: Carlo Molaschi, Luigi Fabbri (Adames), Paolo Flores, Camilo Berneri, Vinicio Paladini, etc. Logra aparecer cuatro meses. El último número lleva la fecha de junio-julio 1925.

(Continuará.)

(Traducido y presentado por la Sección Bibliográfica de la C.R.I.A.)

DIAGRAMA

POSEIDO DE ETERNIDAD



(Fantasía Literaria)

E él podría decirse que estaba poseído de eternidad, pues ¿de qué otra manera podría calificarse a ente tan singular? En su existencia el minuto efímero tenía sello de perdurabilidad. Era como si la fuente de la creación nutriera generosa, brillantemente, sus palabras, sus acciones, en fin, su vida toda de singular prestancia. Y tanto más su grandeza, cuanto que tenía el sello indistinto de lo humano donde todo es falible y el yerro surge, siendo, por graciiosa excepción en él, todo afirmación armónica.

Pero lo humano cuenta con fallas porque está modelado en barro y el barro es imperfecto. En tales circunstancias: ¿Cómo podía tal hombre ser una máquina perfecta, física y mentalmente? La más notable conjunción de neuronas fallaba ante esta asombrosa alquimia de elementos de resonancias eternas.

Junto a él todo lo demás en lo humano resultaba grosero, tosco, primitivo. ¡Ah, esas desdichas humanas! ¡Esas envidias! Esas pasiones que nos rodean, nos asaltan y nos ahogan. Ese mar de egoísmos que dan lugar a estas historias humanas tan llenas de manchas. De él, en cambio, no podía murmurarse, no podía decirse nada sin que el elo-

gio brotara en forma espontánea. Era un dechado de perfecciones. Una suave música de cítaras etéreas parecía circundarlo. ¿Quién era ese ser del que no podía decirse nada sin que la conciencia quedase maltrecha?

Los más avezados en el arte de hurgar vidas ajenas fracasaron en los propósitos de saber de que Santo Graal procedía, por más que la aureola de Lohengrin resultase ínfima en comparación con nuestro personaje. El secreto no pudo ser revelado porque no hubo Elsa alguna para averiguarlo. Era un misterio que se perdía en la bruma de los tiempos. Era la virtud materializada y por siglos. Viejas crónicas nos procuraban visiones de esta vida maravillosa y nos decían, en aquellas lejanas épocas, su belleza e hidalguía corrían parejas con su eterna juventud. La fuente de Juvencia donde él bebía era secreto reservado. Su hablar mesurado y objetivo, modelo de gracia discreta y sabía. Los hombres dijeron: ¡Es hijo de dioses...!

No penséis que al final de esta narración sabréis el origen del extraño, del fabuloso personaje. No, eso nadie puede saberlo. De lo que queremos hablar es del resultado de una persistencia en el indagar acerca de esa persona.

Porque hubo un ser humano que estuvo espiando a ser tan singular y nos trajo al mundo de los mortales la más insólita revelación acerca de esa ma-

ravillosa conjunción de grandeza. Más digamos algo antes acerca de las indiscreciones de este curioso impenitente.

Varios espíritus selectos se aproximaron a nuestro personaje a confiarle sus cuitas, con el secreto aun cuan ostensible propósito de que el Genio (así llamaremos al gran ser) se los resolviese y les facilitara alguna fórmula mágica.

Un escritor le dijo: «Desearía el sello de la perdurabilidad en mis obras. Que tinta fresca circundara siempre mis pensamientos. Y que mi anhelo, expresado en mis libros, acerca de la perenne grandeza humana, fuera eterna fuente de inspiración a las generaciones que me sucedieran...».

A todo lo cual el Genio respondió:

—¡Dichoso tú que vives en la esperanza...!

De un revolucionario se sabe que le dijo: Solo tu grandeza vive feliz, porque tu esperanza es presente y tu presente mañana. Deseo que los pueblos se libren del terrible tutelaje de la ignorancia que los hace—en ocasiones—ciegos, y fieros instrumentos de sus mismos opresores. Puedo decirte que he luchado porque la libertad surja en toda la faz de la Tierra y miento si digo que escogí el camino del sacrificio por espíritu de martirologio..., mi sangre, mis convicciones me han impelido a ello. Saber que tú has llegado a avizorar la serenidad de espíritu, que sabes lo que es justo e injusto, me obligan a preguntarte: ¿Veremos algo notable en cuanto a entendimiento entre los hombres? ¿Estableceremos, somos capaces de hacerlo, algún plan que elimine los prejuicios e instaure una era de igualdad de posibilidades?

El Genio se le quedó mirando y contestó:

—¡Dichoso tú que vives en la esperanza...!

Una artista que anhelaba ser dichosa, y una joven doncella de delicada belleza, quisieron verlo y le confiaron sus cuitas de esta manera:

La artista le dijo: «Cada vez que interpreto un personaje en el mundo de la farándula siento un estremecimiento angustioso. ¡Cuanto deseo ser perfecta en el movimiento, justa en el decir y siempre majestuosa y sencilla a la par en mi presencia...! Soñar vivos a los personajes de la farsa y que el tablado sea siempre girón de vida inspirador y poético...»

El Genio contempló a la joven doncella y le preguntó dulcemente:

—¿Y tú hermosa niña? ¿Quieres decirme algo...?

Y la doncella así habló: «¡Oh, gran señor, quisiera... que me revelaras la fuente del amor eterno donde mi corazón pudiera sumergirse! ¡Quiero amar tanto que temo perder lo que todavía anhelo!»

Dice el indiscreto que la imponente majestad del Genio se contornó y miró a la artista y a la doncella con una mirada tan triste que ambas se estremecieron y, a su vez, se pusieron tristes. El les dijo lo que ya era ritual:

—¡Dichosas vosotras que vivís en la esperanza...!

Sí, la esperanza hace la vida menos árida. Es el plan del devenir. Es el arcano inconcreto del futuro. Es la fuente del plan. Lo intangible hacia lo concreto en una constante mutación indefinida hasta el fin. Por eso el Genio les había dicho a todos lo mismo...

El curioso no se quedó tranquilo. Quería saber más, con relación al extraño ser. Si todos vivían en la esperanza como lenitivo y estímulo, ¿podría él anhelar algo? ¿Desearía algo en su peregrinar eterno el hijo de dioses, el mimado con todos los dones?

Se dice que él escuchó murmurar a solas estas palabras:

—No sé quien me habrá creado. No puedo deducirlo, pese a lo que llaman los hombres clarividencia. Mas sea quien fuere tentado estoy de pedirle una cosa... una sola cosa...

Lo que siguió en el soliloquio fué sorprendente:

—¡Deseo... deseo ser imperfecto... deseo que se me dote de alguna debilidad humana. Solo así podré aspirar a la perfección que me ha sido dada en forma que anonada mi ser y lo mata...

Poseía la eternidad y deseaba el chispazo imperfecto de una vida cualquiera. ¿Dónde está la satisfacción humana...?

¿Reside en la eterna esperanza...

Adolfo HERNANDEZ

POETAS

de Ayer y de Hoy

BLOQUEO

Guerra de nervios llaman al bloqueo
que aprieta mis costillas,
me atenaza el pulmón
y deshace la forma de mi alma.

Guerra de nervios, no. Guerra de cuajo;
guerra de descuajar lo conseguido;
de deshojar la rosa,
de desplomar la casa,
de quebrantar la línea de los hombres
abierta con sudor y pensamiento
en esta sombra inacabable de la vida.

Guerra de nervios, no; mucho más.
Guerra de todo a base de bloqueo.

Un bloqueo de ardides y de trampas,
de ficheros, mandatos y consignas;
de miradas y oídos policíacos;
de invitaciones para sondear;
de suscripciones para entumecer.

Guerra al alma serena,
guerra al alma desnuda,
guerra a todo lo puro y genuino,
guerra a las tres imágenes del tiempo:
ayer, mañana, hoy

El hombre está sin puerta
en abrupto amurallado
y allí come noticias,
vibraciones del aire,
propagandas y muertes.

El hombre está sin puerta;
copado en la eminencia de su alma.

José MORENO VILLA



HA SALIDO EL III TOMO DE "La C. N. T. en la Revolución española"

por José PEIRATS

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C.N.T. en la Revolución Española», libro escrito con profunda objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el II tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, ya puesto a la venta.

Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incautación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — Los libertarios en la guerra.

Capítulo XXXV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXVI. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVII. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVIII. — El último baluarte.

Capítulo XXXIX. — ¡Ay del vencido!

Precio del volumen: 750 francos. Diez por ciento de descuento a partir del pedido de 5 ejemplares.

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

